



**Universidad**  
Zaragoza

# Trabajo Fin de Grado

La crisis del parlamentarismo  
El Frente Popular en España y Francia (1934-1939)

Parliamentarianism in crisis  
The Popular Front in Spain and France (1934-1939)

Autor  
Arturo Sánchez Fraile

Director  
Julián Casanova Ruiz

Grado en Historia

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
2023/2024

## ÍNDICE

1.- INTRODUCCIÓN .....	4
2.- ANTECEDENTES: ENTREGUERRAS Y FASCISMOS.....	6
2.1.- Democracia liberal, fascismo y bolchevismo.....	6
2.2.- 1934: Punto de inflexión .....	10
3.- GÉNESIS DE LOS FRENTE POPULARES .....	14
3.1.- Del papel a las urnas.....	23
4.- ALIANZAS Y RESISTENCIAS A AMBOS LADOS DE LOS PIRINEOS .....	30
5.- EPÍLOGO: EL OCASO DE UN PROYECTO .....	38
6.- CONCLUSIONES .....	41
7.- BIBLIOGRAFÍA COMENTADA.....	44

## RESUMEN

El estallido de la Primera Guerra Mundial trastocó profundamente el panorama sociopolítico de Europa, configurando un mundo donde nuevas ideologías como el fascismo se hicieron progresivamente más fuertes. El Frente Popular fue una coalición electoral que se creó en numerosos países como una respuesta democrática a esta amenaza, pero tan sólo alcanzó el poder en Francia y en España. En este trabajo se analizará cómo republicanos, socialistas y comunistas trabajaron en la misma dirección en ambos países para frenar al fascismo usando herramientas parlamentarias, así como los distintos obstáculos que debieron de superar. Su victoria electoral supuso la implementación de un importante programa de reformas que se vio truncado por dos conflictos bélicos de gran calado: la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial.

**Palabras clave:** Frente Popular, periodo de entreguerras, fascismo, antiparlamentarismo, coalición, Francia, España.

## ABSTRACT

The outbreak of World War I disrupted Europe's sociopolitical outlook, shaping a world where new ideologies like fascism gradually grew stronger. The Popular Front was an electoral coalition created in many countries as a democratic response to that menace, but only managed to gain power in France and Spain. This work will analyse how republicans, socialists and communists worked together in both countries in order to stop fascism using parliamentary means, as well as all the obstacles they had to overcome. Their electoral success meant the implementation of a series of reforms that were cut short by two armed conflicts of great importance: the Spanish Civil War and World War II.

**Key words:** Popular Front, inter-war period, fascism, anti-parliamentarianism, coalition, France, Spain.

## 1.- INTRODUCCIÓN

Este trabajo está orientado a ofrecer un relato del surgimiento del Frente Popular en España y en Francia, dos coaliciones electorales que salieron victoriosas en las elecciones celebradas en 1936. Nacieron de contextos nacionales diferentes, marcados por su distinta participación en la recién finalizada Primera Guerra Mundial, pero partieron de la existencia de un sustrato común en el continente europeo, donde el fascismo contaba cada vez con más adeptos. Estos frentes populares fueron creciendo lentamente en la Europa de entreguerras como una reacción a esta nueva ideología militarista que había conquistado el poder en Italia y, más tarde, en Alemania.

La ofensiva antiparlamentaria del año 1934 obligó a acelerar estas dinámicas de acercamiento entre las fuerzas de la izquierda para conseguir preservar la democracia liberal de la amenaza fascista. Pese a las profundas diferencias existentes entre el Frente Popular español y el francés, se va a intentar demostrar que ambos comparten un rasgo en común: llegaron tarde a este cometido. Si bien es cierto que la semilla del fascismo aún no tenía amplias raíces en ninguno de estos dos países, la sociedad había mutado profundamente tras la Gran Guerra. El parlamentarismo no se concebía ya como una opción eficiente para resolver los problemas democráticos, y cuando los frentes populares centraron su atención en la conquista de la democracia, el autoritarismo atacó con otros medios.

Para probar lo expuesto, me detendré brevemente en dibujar una panorámica de la situación europea de entreguerras, prestando atención a la triple pugna entre la democracia liberal, el comunismo y el fascismo. Posteriormente, centraré el discurso en el surgimiento de los frentes populares en ese contexto, entendido como una respuesta al progresivo rearme ideológico de la derecha antiparlamentaria. El año 1934 es, indudablemente, una fecha clave para la creación de dichas coaliciones, por lo que se convertirá en el punto de partida del cuerpo de este trabajo. El relato recorrerá los antecedentes de estas alianzas electorales y las negociaciones para su creación, prestando especial atención al papel de los partidos comunistas, su importante coordinación a nivel internacional y su salida del aislamiento.

Para entender mejor su posición en las distintas coyunturas nacionales, dedicaré un apartado a analizar las distintas resistencias que tuvieron que enfrentar los Gobiernos del Frente Popular español y francés tras salir victoriosos de las elecciones de 1936. Tanto

a su izquierda política como a su derecha, se produjeron distintos episodios que permitirán establecer ciertos vínculos transnacionales entre ambas formaciones políticas y sus programas de reformas.

Finalmente, dedicaré un pequeño capítulo a mencionar el estallido de la Guerra Civil en España, haciendo mención a su ubicación en el contexto internacional de entreguerras y a su alcance en la política exterior e interior francesa.

Para la elaboración de este análisis, ha sido imprescindible la lectura de numerosos libros y artículos relacionados con el tema, poniendo énfasis en ciertas obras especializadas en estas alianzas electorales. En el caso del Frente Popular francés, me refiero a Georges Lefranc, *El Frente Popular*, Oikos-Tau, Barcelona, 1971, una obra clásica pero imprescindible. Para el caso español, la referencia ha sido el más moderno libro de José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular: victoria y derrota de la democracia en España*, Pasado y Presente, Barcelona, 2015.

Al tratarse de un ejercicio de análisis comparado, la obra de Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish Popular Fronts: comparative perspectives*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989, ha sido una guía muy importante a la hora de abordar un estudio conjunto de ambas coaliciones. Sus capítulos, escritos por distintos expertos en la materia y centrados en fenómenos concretos, son una colección paradigmática al respecto, además de una de las pocas ocasiones en que se han abordado el ejemplo español y el galés de manera simultánea. Esta obra, junto con el resto de las referencias citadas, constituyen la base sólida de este trabajo.

## 2.- ANTECEDENTES: ENTREGUERRAS Y FASCISMOS

Para quienes se habían hecho adultos antes de 1914, el contraste era tan brutal que muchos de ellos, incluida la generación de los padres de este historiador o, en cualquier caso, aquellos de sus miembros que vivían en la Europa central, rechazaban cualquier continuidad con el pasado. «Paz» significaba «antes de 1914», y cuanto venía después de esa fecha no merecía ese nombre.

Eric Hobsbawm (1994)<sup>1</sup>

Si la clase dominante ha perdido el consenso, o sea, si no es ya «dirigente», sino únicamente «dominante», detentadora de la pura fuerza coercitiva, esto significa precisamente que las grandes masas se han apartado de las ideologías tradicionales, no creen ya en lo que antes creían. La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados.

Antonio Gramsci (ca. 1930)<sup>2</sup>

La Primera Guerra Mundial marcó un antes y un después en la sociedad europea. Las «persistencias del Antiguo Régimen» que habían conseguido sobrevivir a las revoluciones burguesas de siglos anteriores acabaron por desvanecerse<sup>3</sup>. Europa llevaba casi un siglo de paz tras las guerras napoleónicas, aunque tuvieron lugar momentos de grandes tensiones como la guerra Franco-Prusiana de 1871, el antecedente más directo de un conflicto de tal calado y con tantas potencias involucradas. Es por ello que la llegada de la Gran Guerra dinamitó el orden socioeconómico existente, dando a luz al «interregno» que, alrededor de 1930, Gramsci ya se atrevía a adivinar. La revolución bolchevique inauguró la puesta en práctica de las teorías socialistas de Marx y Engels en forma de un Estado soviético. El almirante Miklós Horthy preludeó en Hungría lo que más tarde tomaría forma de fascismo de la mano de Mussolini y acabaría mutando en el nazismo hitleriano. El crac bursátil de 1929 no hizo más que magnificar y evidenciar la tónica general de estos años: una lucha por la hegemonía entre la democracia liberal, el comunismo de inspiración soviética y el fascismo. En este contexto surgieron los frentes populares.

### **2.1.- Democracia liberal, fascismo y bolchevismo**

Todos los países que participaron en la Primera Guerra Mundial salieron de ella gobernados por regímenes parlamentarios representativos, a excepción de la Unión

---

<sup>1</sup> Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2019 (1ª ed. en 1995), p. 30.

<sup>2</sup> Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel. Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana: Tomo 2*, Era-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México D.F.-Puebla, 1999 (1ª ed. en 1981), p. 37.

<sup>3</sup> Tal y como analizó el historiador Arno Mayer.

Soviética, donde se estaba librando una guerra civil. Sin embargo, sólo Reino Unido, Finlandia, Irlanda, Suecia y Suiza mantuvieron esta forma de Estado durante todo el periodo de entreguerras. El liberalismo, asentado en su forma democrática, fue perdiendo gradualmente apoyos y credibilidad hasta que, en última instancia, se vio expuesto a un acoso y derribo constante.

En España, el sistema de la Restauración inspirado por Antonio Cánovas llevaba en crisis crónica desde 1898 con la pérdida de las últimas colonias. La muerte del propio Cánovas y de Sagasta dejó huérfanos, respectivamente, a los partidos conservador y liberal, que se imbuyeron en la búsqueda de un nuevo líder capaz de aunar a las distintas «camarillas» que los conformaban. Por otra parte, la Semana Trágica de 1909, la crisis de 1917 y el llamado «Trienio Bolchevique» no hicieron más que colaborar en esta espiral antiparlamentaria que culminó con el golpe de Estado de Miguel Primo de Rivera y la instauración de una dictadura corporativista entre 1923 y 1930. La Segunda República supuso la llegada de un régimen republicano y democrático, pero las raíces del antiliberalismo se encontraban muy ligadas a la estructura estatal, tal y como se demostraría años más tarde.

Entre las dos guerras mundiales, en Francia se sucedieron cuarenta y dos Gobiernos distintos, con una media de estancia en el poder de seis meses cada uno. Una situación de inestabilidad interna favorecida por el sistema electoral de la Tercera República y el desproporcionado poder del que gozaban las regiones rurales<sup>4</sup>. Esta sensación de eterna crisis, unida a una pérdida de estatus internacional<sup>5</sup> potenció la idea de que la democracia no era el camino. Cada vez se veía más factible la instauración de un Gobierno autoritario que tomara las riendas de la situación, y los éxitos electorales de la izquierda reavivaban esta visión<sup>6</sup>.

A pesar de que las clases dirigentes agitaron el miedo a la expansión del comunismo, la realidad es que, tras la oleada revolucionaria inmediatamente posterior a la toma de poder bolchevique, la escisión comunista de los partidos socialdemócratas y la llegada de Iósif Stalin a la secretaría general del PCUS, la revolución marxista mundial

---

<sup>4</sup> Roger Price, *Historia de Francia*, Akal, Madrid, 2016 (1ª ed. en 1993), p. 265.

<sup>5</sup> Alemania no era capaz de pagar las reparaciones impuestas en Versalles, lo que dificultaba la recuperación de Francia y hería su orgullo diplomático, incapaz de imponer su agresiva política de posguerra. Por otra parte, la ocupación de la cuenca del Ruhr en 1923 no tuvo las consecuencias esperadas y supuso una victoria de la izquierda en las elecciones.

<sup>6</sup> Roger Price, *Historia de Francia ...*, p. 268.

se convirtió no ya en un fenómeno improbable, sino imposible<sup>7</sup>. Si se analiza la suerte de las democracias liberales europeas durante su retroceso de entreguerras, se puede observar que ninguna de ellas fue liquidada por un movimiento revolucionario de izquierdas, sino más bien lo contrario: el verdadero peligro para el liberalismo procedía de su derecha. Así, mientras que los principales representantes del mundo democrático, como Woodrow Wilson, se retiraban de la vida pública, el pánico anticomunista cundió por toda Europa central y occidental, convenciendo a antiguos liberales para sumarse a alternativas autoritarias de las que bebieron Mussolini, Hitler, Dollfuss, Horthy o Salazar, entre muchos otros<sup>8</sup>.

En Francia, estas semillas de antiparlamentarismo tomaron una forma relativamente particular: las ligas. En su origen habían sido agrupaciones de excombatientes de la Gran Guerra, pero fueron ampliando su base para acoger a distintos segmentos de la población. Su caracterización como propiamente «fascistas» no está avalada por el consenso historiográfico, pero es indiscutible su carácter militarista y autoritario. Al igual que en otras regiones de Europa, el salto a la vida pública de estos militares procuró la expansión de las dinámicas de las trincheras a la sociedad civil, aunque con distintos matices dependiendo de la condición de vencidos o vencedores.

*Camelots du Roi*, *Jeunesses Patriotes*, *Union Nationale des Combattants* o la más multitudinaria *Croix de Feu* poblaron las calles de Francia, combinando la militarización de posguerra y el antirrepublicanismo creciente tras el *affaire Dreyfus*. La mencionada *Croix de Feu*, dirigida por el coronel De La Rocque, llegó a alcanzar los 300.000 miembros en su momento de más popularidad, convirtiéndola, a pesar de no ser la más extremista, en la liga con mayor potencial subversivo<sup>9</sup>. Todas estas organizaciones eran independientes entre sí, pero compartían cuatro características comunes, definidas por Joel Colton en la obra colectiva *The French and Spanish Popular Fronts*: eran grupos de presión «militantes y escandalosos», de naturaleza paramilitar, apoyados por la prensa y cuyo ámbito de actuación no era el parlamento sino la calle<sup>10</sup>. Todas estas ligas no

---

<sup>7</sup> Al menos hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando vuelve a existir un momento de crisis de régimen que los comunistas aprovechan para intentar expandir la revolución.

<sup>8</sup> Todo este proceso queda muy bien reflejado en Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX...* pp. 117-120 y Mark Mazower, *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barlin Libros, Valencia, 2018 (1ª ed. en 1998), pp. 37-42.

<sup>9</sup> Roger Price, *Historia de Francia ...*, p. 269.

<sup>10</sup> Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish Popular Fronts: comparative perspectives*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989, pp. 10-11.

surgieron espontáneamente, sino que tuvieron un apoyo continuado y esencial de personalidades influyentes, desde el ejército hasta los fabricantes de perfumes como François Coty, pasando por importantes industriales como Ernest Mercier y François Wendel<sup>11</sup>.

En España, por el contrario, esta paramilitarización no tuvo tanta fuerza. Al no haber participado en la Primera Guerra Mundial, no existió un retorno masivo de soldados del frente que trajeran consigo las dinámicas bélicas. Además, la neutralidad permitió a España enriquecerse levemente durante la contienda, lo que, sumado a un menor impacto de la crisis económica de 1929, creó unas condiciones sociales relativamente diferentes a las francesas, por no mencionar las italianas o las alemanas<sup>12</sup>. No obstante, el carlismo, uno de los principales exponentes del antiliberalismo español decimonónico, recobró fuerza con la irrupción de la Segunda República, reconstruyendo una milicia paramilitar que desempeñaría un papel crucial tras el golpe de Estado de 1936: el Requeté.<sup>13</sup>

La ideología carlista es esencialmente ultraconservadora y absolutista, pero en ningún caso debe confundirse con el fascismo, al igual que la derecha monárquica o la CEDA, un partido más cercano al *Zentrum* alemán o al *Partito Popolare* italiano que al NSDAP o a los *Fasci* mussolinianos. De hecho, la prevalencia de esta derecha antirrepublicana y católica fue la principal razón de que el fascismo no encontrara un nicho político vacío con un sustrato sobre el que crecer<sup>14</sup>. Aun así, existieron ciertas iniciativas periodísticas, como la revista *Acción Española*<sup>15</sup>, la *Gaceta Literaria* o *La Conquista del Estado*, que predicaban el autoritarismo; esta última, fundada por Ramiro Ledesma, acabó cristalizando en la creación de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) con la colaboración del abogado Onésimo Redondo. Por primera vez, en 1931, se podía hablar de un movimiento esencialmente fascista en España, sin embargo, no fue hasta 1933 cuando, con la fundación de Falange Española de la mano de José Antonio Primo de Rivera, el fascismo se vinculó con la monarquía y consiguió más financiación, una base social mayor y cierta representación<sup>16</sup>. En 1934, estos dos

---

<sup>11</sup> Roger Price, *Historia de Francia ...*, p. 269.

<sup>12</sup> Julián Casanova, *República y Guerra Civil* [Vol. 8 de la colección *Historia de España*, dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares], Crítica-Marcial Pons, Barcelona-Madrid, 2021 (1ª ed. en 2007), p. 96.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 93.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 92.

<sup>15</sup> Inspirada en su homóloga francesa *L'Action Française*.

<sup>16</sup> Primo de Rivera fue elegido diputado por Cádiz en las elecciones a Cortes de 1933.

movimientos se fusionaron en FE de las JONS, un partido unificado inspirado en el fascismo europeo<sup>17</sup>.

La fundación de la Internacional Comunista en 1919 buscaba la expansión de la revolución proletaria por todo el mundo mediante la escisión de las facciones combativas de los partidos socialistas, pero las distintas políticas promovidas por esta organización, junto con la evolución interna de la URSS acabaron por aislar al movimiento comunista en los países donde no había triunfado.

Tanto en Francia como en España, las secciones probolcheviques se separaron de sus partidos matriz, la *Section Française de l'Internationale Ouvrière* (SFIO) y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), formando el Partido Comunista Francés (PCF) y el Partido Comunista de España (PCE), respectivamente. Lo mismo ocurrió en el ámbito sindical, formándose la Confederación General del Trabajo Unitaria (CGTU, de idénticas siglas en francés) a partir de los cuadros revolucionarios de la Unión General de Trabajadores (UGT) y la *Confédération Générale du Travail* (CGT).

Así, a pesar de seguir procesos casi idénticos, la situación en uno y otro país no tenía prácticamente ninguna similitud. En primer lugar, el PCF supuso una escisión mayoritaria de la SFIO, frente a los 100.000 militantes con los que contaban los comunistas, tan sólo 30.000 permanecieron en el socialismo no revolucionario<sup>18</sup>. En España, por el contrario, el PCE no estaba formado más que por unos pocos centenares de militantes<sup>19</sup>, con muy poca fuerza social incluso diez años después de su fundación, con la llegada de la II República. Los números lo dejan claro: el comunismo representaba en Francia una alternativa electoral y sindical a las organizaciones existentes, mientras que en España esta situación no se daba. Lo más cercano a una amenaza del orden existente por la izquierda durante los años veinte y la Segunda República fue el anarquismo<sup>20</sup>, una auténtica excepcionalidad si nos atenemos a la situación de esta ideología en la Europa del momento.

## **2.2.- 1934: Punto de inflexión**

El 6 de febrero de 1934, el gabinete del liberal Édouard Daladier buscaba la confianza de la Cámara de Diputados tras las sucesivas crisis políticas que habían puesto

---

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 94-95.

<sup>18</sup> Roger Price, *Historia de Francia ...*, pp. 258-259.

<sup>19</sup> Julián Casanova, *República y Guerra Civil...*, p. 97.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 98.

en jaque a la III República, entre las que destaca el *affaire Stavisky*<sup>21</sup>. La destitución del prefecto de policía Jean Chiappe desató una importante reacción ciudadana y una cascada de acontecimientos a nivel gubernamental: la dimisión de tres ministros y del prefecto de la región del Sena, así como el enfado de numerosos concejales de la capital, llegando incluso a denunciar un «golpe de Estado jacobino» y pidiendo una respuesta en las calles<sup>22</sup>. Las ligas, entre las que destacaba la *Croix de Feu* del coronel De La Rocque<sup>23</sup>, se dieron cita en los bulevares parisinos y desfilaron por los Campos Elíseos como señal de protesta. Los manifestantes llegaron a la Plaza de la Concordia, frente a la Cámara de Diputados donde se encontraba reunido el Gobierno. Una vez allí, comenzó una escalada de violencia que se saldó con 17 muertos y más de 2000 heridos tras los enfrentamientos con las Fuerzas de Orden Público. A pesar de que Daladier consiguió superar la moción de confianza por 343 votos frente a 237, acabó dimitiendo al día siguiente<sup>24</sup>. ¿Pretendían los miembros de las ligas asaltar la Cámara de los Diputados o sólo buscaban realizar una demostración de fuerza? No existe un consenso claro al respecto de lo ocurrido, pero sí una certeza: liberales, socialistas, republicanos de izquierdas y comunistas cayeron en la cuenta de la necesidad de una alianza electoral para vencer a la ola reaccionaria que se estaba gestando.

En España, la situación de la izquierda previamente a 1934 era similar. El desmembramiento de la Conjunción Republicano-Socialista y la victoria de la CEDA en las elecciones de 1932 habían conllevado un distanciamiento entre IR (Izquierda Republicana) y el PSOE, por no mencionar el aislamiento del PCE, inmerso en su política de «clase contra clase», o la derechización del Partido Radical de Lerroux. Los sucesos de febrero al otro lado de los Pirineos tuvieron su eco en los espacios políticos españoles, produciéndose acercamientos entre distintas facciones de los partidos de izquierdas. Sin

---

<sup>21</sup> La muerte en extrañas circunstancias de Alexandre Stavisky, involucrado en una trama de corrupción que salpicaba a miembros del gobierno de Camille Cahutemps, pronto pasó a un segundo plano cuando Daladier fue nombrado primer ministro e intentó ampliar su mayoría hacia el centro. Georges Lefranc, *El Frente Popular*, Oikos-Tau, Barcelona, 1971, p. 8-9.

<sup>22</sup> Emmanuel Blanchard, «Le 6 février 1934, une crise policière?» en *Vingtième Siècle. Revue d'Histoire*, 2015|4, p. 21 <<https://doi.org/10.3917/ving.128.0015>>

<sup>23</sup> Además de otras ligas y organizaciones de distinto signo, como la Asociación Republicana de Antiguos Combatientes, cercana al Partido Comunista Francés.

<sup>24</sup> Los sucesos se encuentran relatados en el mencionado artículo de Emmanuel Blanchard, «Le 6 février 1934...», el primer capítulo de Georges Lefranc, *El Frente Popular...*, pp. 7-25, el capítulo VI: «Tiempo de crisis» de Roger Price, *Historia de Francia*, Akal, Madrid, 2016 (1ª ed. en 1993) o en Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish...*, pp. 9-15. Se pueden apreciar ligeras variaciones en las cifras de muertos y heridos o en las interpretaciones de lo ocurrido.

embargo, los acontecimientos revolucionarios de octubre de 1934 supusieron un punto de inflexión en el devenir del régimen republicano: «nada sería igual»<sup>25</sup>.

La huelga general fue secundada en las principales ciudades de la geografía española, pero las protestas de octubre sólo tuvieron tintes de revolución social en Asturias. Su principal objetivo era hacer presión en las calles contra la entrada de la CEDA, la derecha no republicana, en el Gobierno del Partido Radical, «el más histórico de los partidos republicanos»<sup>26</sup>. Esta aparente contradicción respondía a un contexto político complicado, con una CEDA que había ganado las elecciones en 1933, un PRR que gobernaba en minoría y una oposición parlamentaria de izquierdas fragmentada. El fracaso del PSOE, la CNT-FAI y, en menor medida, el PCE, no fue sólo a nivel político<sup>27</sup>, sino también social. La represión vivida tras los sucesos fue inédita en España, con el general Franco actuando prácticamente como ministro de Guerra<sup>28</sup>. Los presos llenaron las cárceles, el Gobierno de la Generalitat de Catalunya fue intervenido por un mando militar y numerosos sindicalistas habían muerto en enfrentamientos con el Ejército y la Guardia Civil. Las distintas organizaciones de izquierdas se vieron obligadas a trabajar por un horizonte común bajo una consigna unificada: la amnistía<sup>29</sup>.

Tanto en Francia como en España, la situación política dio un vuelco en 1934, obligando a partidos y sindicatos enfrentados entre sí a colaborar frente a adversarios comunes. Y es que el fascismo, ideología surgida tras la Gran Guerra, comenzaba a organizarse a nivel internacional, dando el salto a más países además de la Italia de Mussolini. Tras obtener un buen resultado en las elecciones parlamentarias de 1932, Adolf Hitler formó Gobierno en Alemania gracias al nombramiento del mariscal Paul von Hindenburg en enero de 1933. El parlamento fue suprimido mediante la Ley Habilitante, el Partido Comunista Alemán (KPD) y el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) fueron prohibidos y muchos de sus dirigentes y militantes, encarcelados y ejecutados. En Austria, el canciller Engelbert Dollfuss hizo lo propio con el parlamento austriaco y con los partidos socialdemócrata y comunista (SDAPÖ y KPÖ) en febrero de 1934. La situación

---

<sup>25</sup> Julián Casanova, *República y Guerra Civil...*, p. 128.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 127.

<sup>27</sup> La CEDA no sólo se mantuvo en el gobierno, sino que su número de carteras ministeriales aumentó con el tiempo.

<sup>28</sup> *Ibidem*, pp. 130-132.

<sup>29</sup> José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular: victoria y derrota de la democracia en España*, Pasado y Presente, Barcelona, 2015, p. 103.

européa avanzaba hacia el fascismo mientras que la izquierda, enfrentada entre sí, sucumbía de manera prácticamente inmediata. Los militantes y dirigentes no supieron, o no pudieron, dar la batalla de manera efectiva en los países mencionados y la represión se cobró su buena dosis de víctimas.

Resulta llamativo observar cómo el fascismo, lejos de convertirse en un movimiento de masas en los momentos de mayor agitación social revolucionaria, lo hizo en una época de consensos de posguerra. La lucha ideológica surgida de las trincheras estaba latente de manera más o menos explícita, pero el modelo republicano democrático parecía haberse impuesto en Europa después de 1918. Sobre estas circunstancias reflexionó el político austromarxista Otto Bauer, llegando a la conclusión de que tras la Gran Guerra se plantearon tres vías: una revolución que abandonara el capitalismo, un regreso a las monarquías de preguerra, o la instauración de democracias nacionales como Weimar o la Segunda República española. Esta tercera vía no dinamitó las estructuras de poder, que siguieron en manos de la burguesía, pero facilitó el acceso a la gestión de las capas populares mediante un fortalecimiento del sindicalismo, la aprobación de legislación social y, en última instancia, la llegada al Gobierno de los frentes populares. Este nuevo orden, definido por Bauer como «régimen transicional de equilibrio de clase», se dio en un momento de crisis económica global. El movimiento obrero consiguió victorias a nivel legislativo, lo que hizo decrecer el margen de beneficio de los propietarios. Según Bauer, la burguesía liberal comenzó a apoyar soluciones autoritarias como la fascista no por miedo a la revolución, sino con el objetivo de romper la balanza de clases y derogar cualquier avance conseguido por la vía socialista democrática<sup>30</sup>.

---

<sup>30</sup> Estas reflexiones de Otto Bauer se encuentran citadas en Helen Graham y Paul Preston (eds.), *The Popular Front in Europe*, Macmillan Press, London, 1989 (1ª ed. en 1987), pp. 9-11.

### 3.- GÉNESIS DE LOS FRENTE POPULARES

Este clima de «fascistización», como ya se ha mencionado, fue clave en la conformación de las grandes alianzas interclasistas que constituyeron los frentes populares, integrados por liberales radicales, republicanos, socialistas y comunistas. Sin embargo, estas uniones, aunque inéditas en su naturaleza, tenían antecedentes más o menos directos en los dos países europeos en los que triunfaron electoralmente: España y Francia.

Antes de la Primera Guerra Mundial, los socialistas, inmersos en la praxis revolucionaria, se encontraban en una situación de aislamiento respecto al resto de partidos. Sin embargo, esta situación cambió con la progresiva radicalización de las nacientes sociedades de masas. El *affaire Dreyfus* en Francia y la Semana Trágica en España evidenciaron que, ante el retroceso de derechos y libertades, una unión estratégica entre los liberales de izquierdas y los socialistas era la única manera de salvaguardar las conquistas de las décadas precedentes<sup>31</sup>.

En Francia, el antisemitismo y el nacionalismo confluyeron en las acusaciones falsas de espionaje al capitán Alfred Dreyfus, tal como reflejó Émile Zola en su famoso *J'accuse...!*. La pérdida de fuerza de las izquierdas frente al republicanismo moderado de centro en las elecciones legislativas de 1898 impulsó los contactos entre el Partido Radical (PR), Alianza Democrática y el Partido Socialista Francés. De cara a las elecciones de 1902, la negociación cristalizó en el *Bloc des Gauches*. El acuerdo de apoyar en segunda vuelta al candidato del *Bloc* con más opciones de ganar, independientemente del partido al que perteneciera, permitió una holgada victoria a la coalición<sup>32</sup>, coordinada a partir de ese momento por la *Délégation des Gauches*. El Gobierno del radical Émile Combes hubo de afrontar una importante división interna, sobre todo cuando se abordó la secularización del Estado y la reforma fiscal, pero el consenso acabó por imponerse, aprobando una reforma de las instituciones militares y una fiscalidad más progresiva gracias al trabajo de síntesis ideológica republicano-socialista emprendido por Jean Jaurès<sup>33</sup>

---

<sup>31</sup> Antonio Robles Egea, «Las coaliciones de izquierdas en Francia y España (1899-1939)» en *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, 2|2015. <<https://doi.org/10.4000/ceec.5404>> [última consulta el 27 de noviembre de 2023], párrs. 5-8.

<sup>32</sup> 233 diputados radicales, 62 de Alianza Democrática y 43 de los socialistas de Jaurès, según Roger Price, *Historia de Francia ...*, pp. 230-232.

<sup>33</sup> Antonio Robles Egea, «Las coaliciones...», párrs. 10-17.

Al sur de los Pirineos, los procesos de Montjuic y la Semana Trágica tras el Gobierno de Maura tuvieron un papel similar que el *affaire Dreyfus*. Tanto republicanos como socialistas se coaligaron en la Conjunción Republicano-Socialista no sólo para defender los derechos conseguidos, sino para la consecución de una república por la vía democrática; lo que confería una diferencia sustancial respecto a la coalición francesa, nacida en un sistema político de larga trayectoria republicana. El Partido Radical de Lerroux y el PSOE de Pablo Iglesias obtuvieron una importante representación en las elecciones municipales de 1909 y en las legislativas de mayo del año siguiente, a pesar de partir de situaciones distintas a las de sus homólogos galos. Sin embargo, las divisiones internas acabaron por precipitar su agonía, extendida hasta el año 1919. Aun así, el PSOE consiguió gracias a la Conjunción su primer escaño en 1910, ganando visibilidad y evidenciando la fuerza de un creciente movimiento obrero.

En 1919, con la victoria de una coalición de derechas tras la guerra, Clemenceau y Poincaré emprendieron una virulenta política nacionalista que desembocó en la ocupación militar de la cuenca del Ruhr en 1923 y la implantación del Plan Dawes. La escisión del Partido Socialista en el Congreso de Tours de 1920 entre el PCF (partidarios de seguir las directrices de la Comintern) y la SFIO eliminó las reticencias revolucionarias de los socialistas para volver a colaborar con los radicales. En este contexto de revitalización de la derecha nacionalista, los radicales, radical-socialistas y socialistas se aliaron de nuevo de cara a las elecciones legislativas de 1924. La victoria fue, por 286 escaños frente a 233, para la coalición del *Cartel des Gauches*, el nombre elegido para la reedición del pacto.

El radical Édouard Herriot alcanzó la presidencia del Gobierno, mientras que el también radical Gaston Doumerge fue nombrado presidente de la República. El gabinete, compuesto exclusivamente por radicales y radical-socialistas, reconoció a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y emprendió una importante política laicista, pero hubo de transigir a los designios estadounidenses en materia económica. La vida política del *Cartel* fue significativamente más breve que la del *Bloc*. El último gabinete de Herriot acabó dimitiendo en 1926 aquejado por graves problemas financieros, enfrentamientos con los grupos católicos y un aumento de la conflictividad en el protectorado de Marruecos<sup>34</sup>. La cultura *jaouessiste* de unión de los ideales republicanos

---

<sup>34</sup> *Ibidem*, párrs. 31-41.

laicos con el socialismo no revolucionario volvió a fructificar en esta coalición, que, aunque breve, supuso un paso más en el camino hacia la política de frentes populares.

En España, los episodios de crisis de los años veinte se hicieron notar de manera diferente por su condición neutralidad durante la Gran Guerra. Sin embargo, el país no fue inmune a fenómenos comunes al territorio europeo posbélico, como la escisión comunista del PSOE en 1921 o la pretorianización de la política que desembocó en la dictadura militar del general Miguel Primo de Rivera. La complicidad entre el régimen monárquico y la cúpula corporativista de la dictadura impulsó los sentimientos republicanos entre los socialistas, ya despojados del imperativo revolucionario. De esta manera, se fue produciendo un acercamiento entre radicales, republicanos de izquierdas y socialistas que se materializó en el Pacto de San Sebastián de 1930, firmado por los representantes de las distintas facciones de la coalición. Esta nueva Conjunción Republicano-Socialista obtuvo una victoria plebiscitaria en las elecciones municipales del 12 de abril de 1931. Tras la proclamación de la II República el 14 de abril, se conformó un Gobierno Provisional compuesto por los miembros de la alianza, que comenzaron la ardua tarea de «alumbramiento de un sistema democrático». Las profundas reformas emprendidas, respaldadas por la victoria en las elecciones constituyentes de junio de 1931, fueron provocando disensiones internas en el ala derecha de la coalición, llegando al punto de separarse el Partido Radical<sup>35</sup>. La victoria de la CEDA en las elecciones de 1933 frenó estas políticas, pero dio tiempo a que las izquierdas se reagruparan.

La victoria bolchevique en la revolución de octubre de 1917 fue uno de los muchos cambios en el paradigma geopolítico que acontecieron de manera colateral a la guerra. La instauración de un Estado obrero (tras una cruenta guerra civil) supuso la identificación de Rusia con el faro revolucionario mundial, el principio del fin del capitalismo. En consonancia con estas ideas, se creó en 1919 la Internacional Comunista (IC) o Comintern, con objetivo de unificar la lucha revolucionaria y evitar fracasos como el del movimiento espartaquista en Berlín, la república soviética de Baviera o la República Soviética Húngara de Bela Kun<sup>36</sup>. Para ello, el II Congreso de la Comintern (julio de 1920) aprobó una lista con 21 condiciones de ingreso que cualquier partido que aspirara

---

<sup>35</sup> *Ibidem*, párrs. 42-48.

<sup>36</sup> Santos Juliá, «La Internacional Comunista: de la ofensiva revolucionaria al Frente Popular», en Mercedes Cabrera, Santos Juliá, Pablo Martín Aceña (comps.), *Europa en crisis, 1919-1939*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1991, pp. 288-294.

a pertenecer a ella debería cumplir<sup>37</sup>, además de una política de frente único como praxis revolucionaria. Tras la muerte de Lenin, las luchas internas en el seno del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) repercutieron en la IC, que acabó por adoptar una reformulación de la política del frente único: la de «clase contra clase». La ruptura de relaciones con el Gobierno conservador británico, el retorno del beligerante Poincaré a la jefatura del Gobierno francés o las matanzas de comunistas chinos a manos de Chiang Kai-Shek colaboraron a crear un clima de aislamiento que recuperó la tesis leninista de la «guerra inevitable» contra el sistema capitalista<sup>38</sup>. La socialdemocracia fue tildada de socialfascismo y se renegó de cualquier tipo de colaboración con los partidos políticos y los sindicatos de dicho espectro<sup>39</sup>.

El ascenso al poder de Hitler en 1933 supuso una importante derrota para las políticas de la IC, evidenciando que el aislamiento comunista no había sido capaz de detener al fascismo en el país. El exsecretario del Partido Comunista Búlgaro y responsable del Buró de Europa Occidental de la Comintern, Georgi Dimitrov, fue detenido en Berlín en marzo de ese mismo año, acusado de ser el instigador del incendio del Reichstag<sup>40</sup>. La campaña de solidaridad internacional para conseguir su liberación dio frutos y fue clave tanto para evidenciar la necesidad de una unión antifascista como para la toma de conciencia del verdadero enemigo del comunismo: el fascismo. Cuando Dimitrov fue liberado, viajó a Moscú a reunirse con los más altos representantes del Estado soviético. Fue entonces cuando Viacheslav Molotov, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS, le encomendó el liderazgo de la IC, añadiendo: «Usted le ha visto la cara al enemigo. Ahora, después de la cárcel, manos a la obra»<sup>41</sup>.

Los sucesos de febrero de 1934 en París, además del autogolpe de Dollfuss en Austria, supusieron un punto de inflexión para la orientación de la política internacional comunista, como ya se ha mencionado. El PCF pasó de manifestarse pidiendo la dimisión de Daladier el 6 de febrero<sup>42</sup> a encabezar una manifestación unitaria de huelga general junto a los socialistas y a la CGT. En apenas seis días, la postura del partido viró 180°,

---

<sup>37</sup> Motivo por el cual surgieron las escisiones comunistas de los partidos socialistas en numerosos países, como por ejemplo, el PCE y el PCF.

<sup>38</sup> José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular...*, p. 29.

<sup>39</sup> Santos Juliá, «La Internacional Comunista...», pp. 295-306.

<sup>40</sup> José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular...*, p. 37.

<sup>41</sup> Tal y como aparece extraído del diario de Dimitrov en José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular...*, p. 38.

<sup>42</sup> Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish...*, pp. 12-13.

llevando a cabo un ejercicio de pragmatismo y análisis de la situación que no tenía precedentes y sirvió de ejemplo a nivel internacional. Sin embargo, no se puede caer en la ingenuidad de creer que esta toma de conciencia ocurrió de la noche a la mañana; ya en 1932 había tenido lugar una reunión de intelectuales comunistas en Ámsterdam contra la guerra imperialista, continuada un año después en la sala Pleyel de París bajo el lema «contra el fascismo y la guerra». Este movimiento, denominado «Ámsterdam-Pleyel» fue una demostración del carácter antifascista de la militancia intelectual del PCF<sup>43</sup>. En el mismo 1932, el comunista Jacques Doriot se atrevió a proponer una hipotética unión con los socialistas para obtener un mejor resultado en la segunda vuelta de las elecciones legislativas, aunque fue expulsado del partido por su insistencia. El 10 de febrero de 1934, cuatro días después de los altercados frente al *Palais Bourbon*, treinta y dos intelectuales franceses firmaron un manifiesto alertando sobre los «disturbios fascistas» y rogando por la reconciliación del SFIO y el PCF como una condición «indispensable para obstaculizar el camino a los fascistas»<sup>44</sup>. Con estos precedentes, en la madrugada del 12 de febrero de 1934 y pese a no haber hecho una convocatoria de huelga conjunta, socialistas y comunistas decidieron marchar juntos por las calles de París entre «apretones de manos, canciones y gritos de unidad»<sup>45</sup>. Las antiguas directrices habían muerto, el PCF había emprendido una nueva senda que posteriormente sería secundada por la IC. Por primera vez una iniciativa de acción internacional nacía fuera de la órbita de Moscú.

Los siguientes meses fueron complicados. Visto desde la perspectiva actual, sería fácil juzgar que el acercamiento entre socialistas y comunistas se fue produciendo poco a poco, con importantes momentos de retroceso. Sin embargo, para los contemporáneos no existió tal proceso lineal hacia la coalición, ya que el desenlace de las negociaciones era aún incierto. Tras el importante éxito de la huelga, las hostilidades del PCF se avivaron, sosteniendo apenas un mes después que la SFIO y a la CGT habían «traicionado los intereses de la clase obrera, siguiendo las huellas de la socialdemocracia alemana»<sup>46</sup>. El 7 de abril del mismo año, coincidiendo con la votación de un nuevo programa de acción de la CGT, los sindicalistas comunistas cubrieron París con panfletos que invitaban a los trabajadores a manifestarse contra el «plan fascista» del sindicato<sup>47</sup>. Además de la pugna

---

<sup>43</sup> José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular...*, p. 32.

<sup>44</sup> Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish...*, p. 9.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>46</sup> Tal y como figura en un manifiesto del periódico *L'Humanité* del 4 de marzo de 1934 en Georges Lefranc, *El Frente Popular...*, p. 24.

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 27.

entre marxistas, también se fue produciendo un acercamiento a los radicales, aunque de manera más puntual y menos beligerante.

Sin embargo, no todo fueron roces. El 5 de marzo de 1934, recogiendo el testigo del movimiento Ámsterdam-Pleyel, los profesores Paul Rivet, Paul Langevin y el filósofo Alain constituyeron el Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas (CVIA). Sus fundadores, socialista, comunista y filoradical, respectivamente, representan una suerte de anticipación de lo que acabará siendo el Frente Popular<sup>48</sup>. En junio, en la conferencia de Ivry, el PCF propuso, adelantándose a la iniciativa soviética, un pacto de unidad de acción a la SFIO, firmado por delegados de ambas formaciones el 27 de julio del mismo año. Dos días después, socialistas y comunistas celebraron juntos el aniversario del asesinato de Jean Jaurès por primera vez desde que se habían escindido en 1920. En octubre de 1934, el líder del PCF Maurice Thorez sugirió una ampliación del pacto de unidad a las «capas medias», concretamente al Partido Radical, empleando la expresión «*Rassemblement Populaire*» para referirse a esta conjunción. No será hasta unos días después cuando el órgano de prensa *L'Humanité* popularice el término «Frente Popular», que ha pervivido hasta nuestros días<sup>49</sup>.

La IC siguió muy de cerca el transcurso de los acontecimientos y Stalin fue poco a poco convenciéndose de que la política del frente único, defendida por el recién llegado Dimitrov, era la solución óptima al problema planteado por el fascismo. La firma del pacto franco-soviético en mayo de 1935 acabó por decantar la balanza y Stalin autorizó al PCF para que la defensa nacional entrara en sus prioridades<sup>50</sup>. La reivindicación del legado revolucionario de 1789 y 1792 comenzó a formar parte del discurso comunista con mucha más vehemencia, así que una festividad como el 14 de julio parecía la ocasión oportuna para mostrar unidad en las calles.

La iniciativa para la celebración conjunta del aniversario de la toma de la Bastilla corrió a cargo del movimiento Ámsterdam-Pleyel. El comité organizador envió invitaciones al PCF, la SFIO, al Intergrupo Socialista (Partido Socialista de Francia,

---

<sup>48</sup> Esta organización política creció rápidamente y se presentó, de manera local, a las elecciones cantonales de octubre de 1934 y a las municipales de mayo de 1935. La retirada en segunda vuelta de todos los candidatos de izquierdas, desde el comunista al radical, para favorecer a Paul Rivet le convierten en consejero municipal de París, derrotando al pretendiente de la Unión Nacional de Combatientes.

<sup>49</sup> Los pasos en dirección a la unidad aparecen recogidos en Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish...*, pp. 15-16, Georges Lefranc, *El Frente Popular...*, pp. 35-37 y Santos Juliá, «La Internacional Comunista...», pp. 308-309.

<sup>50</sup> Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish...*, p. 17

Partido Socialista Francés y Partido Republicano Socialista), a la *Fédération de la Seine*, a la Liga de los Derechos del Hombre, al Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas, a la CGT y a la CGTU. Si esta agrupación electoral pretendía aglutinar a sectores más amplios de la sociedad francesa, había de contar con la participación del Partido Radical, el miembro más moderado de los grupos parlamentarios a la derecha de los socialistas. Los radicales también fueron convidados a participar en los actos de la fiesta nacional, lo cual suscitó un intenso debate entre las figuras de autoridad del partido. Por un lado, Édouard Herriot, presente en el gabinete del momento, rechazó cualquier tipo de colaboración con los «extremistas», mientras que Daladier, que había ganado peso tras convertirse en el mártir de los disturbios del 6 de febrero, se mostró favorable a un acercamiento. Finalmente, esta segunda postura se impuso y los radicales aceptaron acudir a la celebración conjunta<sup>51</sup>.

El 14 de julio de 1935, Daladier (PR), Blum (SFIO) y Thorez (PCF) desfilaron juntos por las calles de París con el puño en alto, cantaron la Internacional y la Marsellesa e hicieron alusiones a símbolos como Juana de Arco o la batalla de Verdún que habían sido abandonados por la izquierda. Todos juntos hicieron un juramento de unidad y el Comité Nacional de Coalición, constituido para organizar esta manifestación, comenzó a trabajar para las elecciones de mayo de 1936. Con sólo diez meses de margen, este trabajo contrarreloj debía ser preciso y conciliador.

A pesar de que la unión electoral del PCF con partidos burgueses había sido aprobada en 1934 por la Comisión Ejecutiva de la Internacional Comunista, las directrices de la Comintern seguían siendo las de «clase contra clase». Para revisar este *modus operandi*, se convocó el VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista en Moscú para el 25 de julio de 1935. La postura de colaboración con los partidos socialistas partió con una clara ventaja, apoyada por el propio Dimitrov, la delegación francesa de Thorez, la delegación italiana de Palmiro Togliatti y la delegación española de José Díaz<sup>52</sup>. El frentepopulismo se convirtió en una directriz a seguir por todos los partidos comunistas cuando esta propuesta venció sobre la opción conservadora de mantener la política de «clase contra clase», encabezada por el húngaro Bela Kun. El VII Congreso aprobó dos líneas de unidad presentadas como complementarias: la «unidad de clase», expresada en

---

<sup>51</sup> Georges Lefranc, *El Frente Popular...*, pp. 37-38.

<sup>52</sup> Quien en verano de 1934 había viajado a Moscú para tantear la unión antifascista en España. José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular...*, p. 101.

el concepto de frente único y la fusión de las centrales sindicales; y la «unidad interclasista» de una coalición política con las fuerzas burguesas que se mantuvieran dentro de los límites de la democracia<sup>53</sup>.

Los partidos comunistas habían de convertirse en partidos nacionales, recuperando figuras emblemáticas como Juana de Arco o Agustina de Aragón<sup>54</sup> para así aunar a los votantes en torno a la opción electoral del Frente Popular. La victoria de la coalición no supondría una instauración de la dictadura del proletariado, como muchas voces críticas predicaban, sino, en palabras de Dimitrov, «un recurso temporal diseñado para ganar tiempo para prepararse para la verdadera revolución»<sup>55</sup>.

Esta decisión vino tomada no sólo por lo acontecido en Francia, sino en el contexto del golpe de estado de Dollfuss en Austria y, sobre todo, en el contexto de los sucesos de octubre de 1934 en España. Las derrotas de las milicias socialistas y comunistas en ambos conflictos demostraron la imposibilidad de derrotar al fascismo mediante la insurrección y apelando sólo al proletariado<sup>56</sup>. Antes de la huelga de octubre de 1934, los acercamientos entre socialistas y comunistas habían sido más bien escasos. Sólo en Cataluña y Asturias se habían producido intentos de unificación, además de la mencionada iniciativa de José Díaz, pero la brutal represión de la «revolución defensiva» planteada por Largo Caballero promovió la necesidad de una respuesta común. La remarcable organización de solidaridad europea por parte de los comunistas otorgó al PCE un importante papel en el juego político del momento. El Socorro Rojo Internacional y el *Comité Populaire d'Aide à toutes les victimes du fascisme en Espagne* fueron dos pilares de apoyo para los represaliados en los meses siguientes al conflicto. Mientras el PCE ganaba presencia y visibilidad saliendo de su aislamiento, los socialistas «se enrocaban en él»<sup>57</sup>.

Manuel Azaña, expresidente del Gobierno en el bienio reformista, fue una de las personas más convencidas de la necesidad de reorganizar a la izquierda tras la debacle de las elecciones de 1933; fusionó su partido, Acción Republicana, con el Partido Republicano Radical Socialista de Marcelino Domingo y con la Organización Republicana Gallega Autónoma de Casares Quiroga para fundar Izquierda Republicana

---

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 44.

<sup>54</sup> Santos Juliá, «La Internacional Comunista...», p. 316.

<sup>55</sup> Helen Graham y Paul Preston (eds.), *The Popular Front...*, p. 142.

<sup>56</sup> José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular...*, p. 98.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p.105.

(IR), una agrupación que ocupaba el nicho político del republicanismo de izquierdas. Pese a que había sido encarcelado tras la huelga de octubre, fue puesto en libertad el 28 de diciembre de 1934 y se puso manos a la obra para conformar una coalición más amplia. Comenzó una ronda de contactos con Unión Republicana (UR) para que abandonase sus tendencias antisocialistas y con el Partido Nacional Republicano (PNR) para atraerlo a su seno. Estas conversaciones cristalizaron en un programa de siete condiciones para la reconstrucción de la coexistencia política en España. Según son citadas por Paul Preston: «la prevención de la tortura de los presos políticos, el restablecimiento de las garantías constitucionales, la liberación de los presos de octubre de 1934, el fin de la discriminación contra los funcionarios de izquierdas y liberales, la readmisión en sus puestos de trabajo de los trabajadores despedidos tras la huelga de octubre, la existencia legal de los sindicatos y la reinstauración de los ayuntamientos derrocados por el Gobierno»<sup>58</sup>.

Azaña era consciente de que, por muy relevante e inspirador que pudiera ser el programa, de nada iba a servir si no negociaba una alianza electoral con el PSOE. Desde enero de 1935, a imagen y semejanza de lo que estaba ocurriendo en Francia, Azaña e Indalecio Prieto mantuvieron una importante relación epistolar con este fin. Sin embargo, Azaña se mostraba especialmente reacio a la inclusión del PCE en esta coalición, pese a que los comunistas, ahora moderados, llevaban meses reclamando un frente antifascista unificado. Fue Prieto quien hubo de equilibrar la balanza entre Azaña, el PCE y miembros de su propio partido alineados con Largo Caballero, quienes no se mostraban favorables al pacto. En un ejercicio de pragmatismo, Prieto comprendió perfectamente que la participación comunista era indispensable para lograr la hegemonía del espacio electoral republicano y lo sintetizó en su famosa cita: «sin él [el PCE], improbable; contra él, imposible». Azaña acabó por convencerse cuando, en su famoso mitin en el barrio de Comillas en Madrid, fueron los militantes comunistas los que acudieron a aplaudirle, José Díaz incluido. Largo Caballero dio un paso atrás en diciembre de 1935, abandonando la dirección del PSOE para centrarse en la UGT, y dejó vía libre al sector prietista para avanzar en la dirección de la unidad.

La convocatoria electoral se acercaba y no había tiempo que perder, los tres partidos republicanos (IR, UR y PNR) nombraron sus tres delegados para las negociaciones a instancias de Azaña. El PSOE, la UGT, la FJS, el PCE, la CGTU y el

---

<sup>58</sup> En Helen Graham y Paul Preston (eds.), *The Popular Front...*, p. 98.

Partido Sindicalista de Ángel Pestaña hicieron lo propio, pero los republicanos sólo reconocieron la potestad del delegado socialista como interlocutor. El resto de las organizaciones obreras dieron un paso atrás, integrándose en la futura coalición, pero sin participar en las negociaciones directamente. El 15 de enero de 1936 se firmó un manifiesto electoral conjunto, firmado por las organizaciones mencionadas y una pequeña incorporación de última hora, el trotskista Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). El Frente Popular español era una realidad<sup>59</sup>.

### 3.1.- Del papel a las urnas<sup>60</sup>

A principios de 1936, ambos frentes populares se hallaban definidos y con un programa electoral publicado. Si se realiza una lectura comparada de ambos, se pueden encontrar grandes similitudes, pero también profundas diferencias. Para entender las distintas fuerzas que estuvieron implicadas en su redacción y configuración, es imprescindible atender antes a los integrantes de estas coaliciones.

En primer lugar, tanto en Francia como en España había una importante participación de partidos republicanos: el Partido Radical y el Partido Radical Socialista en el país galo e Izquierda Republicana y Unión Republicana al sur de los Pirineos. Todos ellos representaban una opción política republicana y de izquierdas, pero moderada y con un profundo respeto al orden existente. El Partido Radical francés, al igual que el español, participaba en el gabinete saliente, pero de formas distintas. Mientras que en Francia la tradición republicana contaba con una dilatada trayectoria y era prácticamente hegemónica<sup>61</sup>, en España, la II República contaba con tan sólo cuatro años y medio de vida. El Partido Radical español había vivido una profunda derechización tras su salida del ejecutivo en el Bienio Reformista, llegando al punto de permitir la entrada de la derecha católica no republicana en su gabinete. Por ello, los radicales franceses fueron capaces de aportar una visión que los españoles no poseían y contra la que combatían.

Además de la sección republicana, existía en estas coaliciones un importante componente obrero. De todos los grupos que lo conformaban, podríamos clasificarlos en dos subgrupos atendiendo a distintos criterios. Por un lado, se encontraban las

---

<sup>59</sup> Este proceso de conversaciones y convergencias aparece prolijamente explicado en José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular...*, pp. 107-130. Sirvan para complementarla Helen Graham y Paul Preston (eds.), *The Popular Front...*, pp. 84-105 o Julián Casanova, *República y Guerra Civil...*, pp. 150-151.

<sup>60</sup> Los principales datos de esta sección, tales como los programas electorales o las organizaciones firmantes de las coaliciones, provienen esencialmente de las obras José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular...*, pp. 131-140 y Georges Lefranc, *El Frente Popular...*, pp. 42-53.

<sup>61</sup> Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish...*, pp. 42-43.

agrupaciones socialistas o socialdemócratas, representadas por el PSOE, la UGT o la FJS en España y por la SFIO, la CGT, y el Intergrupo de Partidos Socialistas no SFIO en Francia. Por otro, las organizaciones marxistas-leninistas como el PCE en España y el PCF y la CGTU en Francia. Sin embargo, además de la diferenciación a raíz de su orientación política dentro del marxismo, es importante destacar que existe una división entre partidos políticos (PSOE, FJS, SFIO, PCE y PCF) y sindicatos (UGT<sup>62</sup>, CGT y CGTU).

Socialistas y comunistas, políticos y sindicalistas. El amplio abanico del marxismo quedaba representado en las coaliciones de ambos países junto con el republicanismo liberal de izquierdas, aunque se pueden detectar importantes diferencias entre los frentes populares francés y español. Lo primero que llama la atención es la presencia de varias asociaciones políticas no parlamentarias en el Frente Popular francés, como la Liga de los Derechos del Hombre, el movimiento Ámsterdam-Pleyel, el CVIA y el movimiento de Antiguos Combatientes; todas ellas habían tenido un importante papel como interlocutores para lograr la coalición. En el Frente Popular español no aparecen estas organizaciones ya que las conversaciones habían sido principalmente entre los líderes políticos, con una importante presión entre bambalinas de los sindicatos<sup>63</sup>. No obstante, la coalición española contaba con la presencia de dos ideologías que no participaron en su homóloga francesa: el trotskismo y el anarquismo, aunque en su vertiente más posibilista. Ambos tuvieron representación electoral en el POUM y el Partido Sindicalista, respectivamente. Además, aunque la CNT-FAI, principal central sindical anarquista española, no participó directamente en la coalición por sus convicciones antielectorales, acabó apoyando de manera tácita a la coalición en muchas localidades, cuando no pidió un voto de emergencia para ella. En Francia, el anarquismo no gozaba del predicamento existente en suelo hispano, se podría considerar una fuerza residual<sup>64</sup>. El trotskismo, por su parte, tenía cierto arraigo en sectores de la izquierda francesa, en parte por el exilio temporal de Trotsky en el país galo entre julio de 1933 y

---

<sup>62</sup> La CGTU española se había introducido en la UGT en noviembre de 1935, por lo que deja de aparecer como un ente independiente en la documentación oficial. Tal y como aparece en Manuel Tuñón de Lara, *El movimiento obrero en la Historia de España; Vol. 3 (1924-1936)*, Taurus-Laia, Madrid-Barcelona, 1977 (1ª ed. en 1972), p. 187.

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 41.

<sup>64</sup> *Ibidem*, pp. 42-43.

julio de 1935, pese a esto, *La Ligue Communiste*, su principal órgano de participación, se mantuvo al margen de toda negociación y ejerció la oposición al Frente Popular<sup>65</sup>.

Una vez analizada la composición de las coaliciones, resulta más sencillo entender la redacción de los programas electorales. Si se atiende a las similitudes, éstas son abundantes: ambos frentes populares abogan en firme por una amnistía general de presos políticos<sup>66</sup>, un refuerzo de la educación como pilar del Estado, la adhesión a los principios de la Sociedad de Naciones, la lucha contra el paro, la reducción de la jornada laboral, la regulación de los respectivos bancos nacionales, el fomento de las cooperativas agrícolas o la intensificación del crédito agrícola. Sobre estas líneas maestras, ambos programas pretendían realizar una serie de reformas estatales buscando una mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, si bien ninguna de estas medidas propone cambios que podrían ser calificados de subversivos o profundos.

En cuanto a las diferencias, es imprescindible comprender que la participación francesa en la Primera Guerra Mundial y su victoria marcaron el discurso político de las décadas posteriores. Para ser consciente de ello basta con atender al hecho de que, entre las organizaciones no parlamentarias que conformaban el Frente Popular galo, se encontraba el movimiento de Antiguos Combatientes. En este sentido, el programa popular francés reservaba de manera explícita uno de sus apartados a la defensa de la paz. Entre las medidas más destacables de este epígrafe cabe destacar la nacionalización de la industria de guerra (una medida ambiciosa y de calado) o la «extensión, en Europa central y oriental principalmente, del sistema de pactos abiertos a todos, según los principios del pacto franco-soviético». En España, mientras tanto, destacaba el capítulo dedicado a la recuperación de la reforma agraria de 1932 y a la política autonomista. La II República no era un Estado tan centralista como el francés y buscaba la reactivación del Estatuto de Autonomía Catalán, así como la elaboración de legislación homóloga en nacionalidades históricas dentro de España.

Aunque hasta este momento el Frente Popular francés había llevado la iniciativa incluso a nivel internacional, su homólogo español se enfrentó a una cita electoral dos meses antes y acabó venciendo.

---

<sup>65</sup> En la obra Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish...*, el autor Tom Kemp dedica un capítulo titulado «Trotskyist and left-wing critics of the Popular Front» a esta cuestión (pp. 104-115).

<sup>66</sup> Aunque en España esta reclamación tenía más fuerza por la represión de octubre de 1934.

Tras la debacle de Lerroux y su Gobierno radical-cedista, se convocaron elecciones para el 16 de febrero de 1936. La carrera hacia la fecha señalada aceleró los tiempos y convirtió la campaña en cuestión de semanas. Los distintos candidatos del Frente mantuvieron una cierta unidad, respetando los puestos asignados en las listas electorales. Los partidos de la derecha daban prácticamente por sentada una victoria de sus agrupaciones, así que en vez de optar por una táctica ofensiva eligieron proteger sus nichos electorales y diferenciarse del resto de fuerzas<sup>67</sup>. Este error táctico no llegó a movilizar lo suficiente a sus bases sociales y acabó por ser determinante en el resultado electoral. En contraposición, el Frente Popular agitó la bandera de la necesidad del voto, logrando que la abstención descendiera notablemente en las circunscripciones en las que obtuvo la victoria. Incluso importantes cuadros de la CNT-FAI, contrarios a la participación electoral por principios, acabaron animando a sus camaradas a ejercer el voto «aunque sólo fuera por liberar a los presos» como Durruti<sup>68</sup>, o mediante artículos en el órgano *La Revista Blanca* como Federico Urales<sup>69</sup>.

Los resultados de las elecciones otorgaron una victoria clara para el Frente Popular. El número final de escaños varía según los autores por la gran variedad de partidos y el complejo sistema electoral, pero se puede señalar que las izquierdas sumaron en torno a 263 diputados frente a los 156 de la derecha y los 54 del centro<sup>70</sup>. Sin embargo, los escaños de la derecha no tenían la cohesión de los pertenecientes a la coalición vencedora, así que sería erróneo concebir el nuevo hemiciclo como un órgano dividido claramente en dos bloques<sup>71</sup>.

El gran vencedor dentro de la coalición fue el PSOE, con 98 diputados, seguido muy de cerca por IR con 86, aunque el partido que más crecimiento experimentó fue el PCE, que pasó de 1 a 17 representantes. La CEDA fue el partido de la oposición con más votos, traducidos en 88 escaños. No obstante, lo verdaderamente reseñable es un triple fenómeno que demostraba un cierto cambio en el panorama político: la muerte electoral del Partido Radical, a cargo de la presidencia del Gobierno saliente; el prácticamente nulo porcentaje de voto de FE y de las JONS ( $\approx 0,5\%$ ), que demostraba un escaso apoyo al

---

<sup>67</sup> José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular...*, p. 141

<sup>68</sup> Manuel Tuñón de Lara, *El movimiento obrero...*, p.184.

<sup>69</sup> José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular...*, p. 141.

<sup>70</sup> Julián Casanova, *República y Guerra Civil...*, p. 154.

<sup>71</sup> José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular...*, pp. 148-149.

fascismo explícito; y los 12 escaños de Renovación Española, un partido de extrema derecha con tintes conservadores, monárquicos y tradicionalistas.

Los resultados fueron claros y limpios, el Frente Popular había ganado y tenía fuerza suficiente como para formar Gobierno. Tal y como habían acordado todas las fuerzas integrantes, el gabinete sería estrictamente republicano, con apoyo exterior de los partidos socialistas y comunistas, pero sin una participación activa a nivel ministerial. El PSOE conseguía tomar decisiones gubernamentales, pero sin caer en el error de tener carteras como en el Bienio Reformista, mientras que el PCE salía de su aislamiento con su casi veintena de diputados. Pese a las conspiraciones para evitar una transición limpia entre un Gobierno y otro<sup>72</sup>, el presidente Niceto Alcalá Zamora encargó a Manuel Azaña la constitución del ejecutivo. En el nuevo gabinete había nueve ministros de IR, tres de UR y un independiente. Como ya se ha mencionado, el monopolio republicano de los ministerios era un asunto pactado por los miembros de la coalición, pero, ¿podríamos considerar a este Gobierno un fiel representante de los principios del Frente Popular? Algunos expertos, como Santos Juliá o Julián Casanova, defienden la postura de que, hasta el estallido de la guerra, no se acabó por conformar un verdadero Frente Popular. El Gobierno de Largo Caballero, integrado también por socialistas, comunistas e incluso anarcosindicalistas, crea una «respuesta política a la predominancia tradicional de los sindicatos» que acaba por ser la primera muestra de una cohesión político-administrativa de todos los integrantes<sup>73</sup>.

La coalición francesa, por su parte, tuvo un recorrido algo distinto. Las elecciones no fueron hasta el 26 de abril de 1936 y la campaña electoral fue algo complicada, con peleas entre candidatos y rupturas de la disciplina de voto. El sistema electoral francés incentivaba las segundas vueltas en la mayoría de los distritos, que tuvieron lugar el 3 de mayo. El triunfo previo de la coalición española estuvo muy presente en los discursos de campaña, jugando un papel inspirador y de advertencia, según el interlocutor, tal y como había ocurrido con la Revolución Rusa en la campaña de las elecciones de 1919<sup>74</sup>. La victoria del Frente Popular fue abrumadora, gracias a la campaña por la concentración del voto para los candidatos con más posibilidades de vencer. En total, los distintos partidos

---

<sup>72</sup> Protagonizadas por Gil Robles, el general Franco o el general Goded, que pretendieron ocupar evitar un gobierno frentepopulista mediante el uso de la fuerza. En Julián Casanova, *República y Guerra Civil...*, p. 156.

<sup>73</sup> Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish...*, pp. 34-37.

<sup>74</sup> *Ibidem*, p. 21.

que conformaban la coalición obtuvieron 370 diputados frente a los 240 de la oposición. Dentro del Frente, la agrupación con más representantes electos (146) fue la SFIO, seguida de cerca por los radicales (116) y con un tercer puesto para los comunistas, que pasaban de 10 parlamentarios a 72. Los partidos de la derecha quedaron más distanciados, tanto en votos como en escaños, de los frentepopulistas. El principal grupo de la oposición fue la Federación Republicana, con 100 representantes. El apoyo electoral a los candidatos fascistas fue muy limitado, pero la derecha autoritaria, representada por distintos candidatos miembros de las ligas en distintos partidos, se vio incrementada<sup>75</sup>.

En vista de los resultados, la cuestión del liderazgo del Gobierno entrante se solucionó de manera relativamente rápida. Aunque en un principio Léon Blum se mostró algo reticente, el apoyo de sus hombres de confianza y medios de comunicación afines le ayudó a dar el paso. El 4 de junio quedó conformado el nuevo gabinete, presidido por Blum y con ministros socialistas para el sector económico y social y ministros radicales en las carteras de relaciones exteriores (Defensa, Guerra, Comercio...), Educación y Justicia<sup>76</sup>. Los comunistas se mantuvieron fuera de la estructura gubernamental, pero prestaron el apoyo parlamentario necesario para mantener al ejecutivo a flote.

Tanto las elecciones españolas como las francesas tuvieron ciertas similitudes que permiten analizar los resultados de una manera relativamente homóloga. Todas ellas se pueden resumir en tres ideas generales:

En primer lugar, la victoria fue para el Frente Popular, con un mayor o menor margen. Dentro de la coalición, el partido con más votos fue el socialista (PSOE/SFIO). Las agrupaciones republicanas (IR/PR) quedaron en un segundo puesto, muy cercano en escaños al primero, mientras que los comunistas (PCE/PCF) alcanzaron un tercer lugar, pero fueron la organización que más creció respecto a anteriores comicios. El PCE pasó de 1 a 17 escaños y el PCF, de 10 a 72. El comunismo había roto su aislamiento y había asumido un papel conciliador y de unificación, lo que le reportó unos magníficos resultados electorales, aunque a la hora de la verdad no se correspondieran con su volumen de militantes<sup>77</sup>.

---

<sup>75</sup> Los miembros de la *Croix de Feu* entre los diputados pasó de 3 a 47, según refleja un estudio de Xavier Vallat mencionado en Georges Lefranc, *El Frente Popular...*, p. 57.

<sup>76</sup> *Ibidem*, p. 69.

<sup>77</sup> Tal y como apunta Julián Casanova, *República y Guerra Civil...*, p. 155.

En segundo lugar, los partidos/candidatos estrictamente fascistas no obtuvieron prácticamente representación ni votos, pero sí lo hizo la derecha más autoritaria y cercana a los planteamientos autoritarios y esencialistas. La amenaza fascista no era tan explícita como en Italia o Alemania, pero en un contexto de decaimiento de las democracias, ésta se encontraba relativamente amenazada por estas agrupaciones.

Por último, se puede apreciar que los Gobiernos instaurados tras las elecciones fueron de carácter moderado; estaban integrados por los republicanos, aunque en Francia también por los socialistas, y no contaron con participación comunista. Las directrices de Moscú indicaron esta manera de proceder, lo que también evidencia una preocupación por no asustar a las clases medias, que habían sido susceptibles de votar al Frente Popular.

#### 4.- ALIANZAS Y RESISTENCIAS A AMBOS LADOS DE LOS PIRINEOS

[...] Ahora trabajamos en la unificación de la nación francesa contra las 200 familias y sus mercenarios. Trabajamos en la reconciliación verdadera del pueblo de Francia. Te tendemos la mano, católico, obrero, asalariado, artesano, campesino, nosotros que somos laicos, porque eres nuestro hermano y cargas con las mismas preocupaciones. Te tendemos la mano, voluntario nacional, excombatiente convertido en *Croix de Feu*, porque eres un hijo de nuestro pueblo que sufre como nosotros el desorden y la corrupción, porque quieres, al igual que nosotros, evitar que el país se deslice hacia la ruina y la catástrofe. Somos el gran Partido Comunista, los militantes consagrados y pobres, cuyos nombres no se han visto nunca involucrados en ningún escándalo ni corruptela. Somos los partisanos con el más puro y noble ideal que pueden proponerse los hombres. Los comunistas, que hemos reconciliado la bandera tricolor de nuestros padres y la bandera roja de nuestras esperanzas, os pedimos a todos, obreros, campesino e intelectuales, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, a todo el pueblo de Francia, a luchar con nosotros y a pronunciaros el 26 de abril. Por el bienestar, contra la miseria, por la libertad. Contra la esclavitud, por la paz, contra la guerra. Os pedimos con confianza que votéis comunista. ¡Votad por la Francia fuerte, libre y dichosa que quieren y harán los comunistas!

Maurice Thorez (1936)<sup>78</sup>

La lectura del fragmento arriba replicado no parece corresponder con lo que diría el líder de un partido comunista en el periodo de entreguerras. Su apelación a las clases medias, e incluso a sectores de la sociedad con los que el marxismo-leninismo se encontraba profundamente reñido por una cuestión de principios, deja entrever la excepcionalidad de la situación enfrentada. Incluso los miembros de la *Croix de Feu*, una de las principales ligas y organización protagonista de los disturbios del 6 de febrero, son incitados a votar comunista. A esta estrategia de conciliación se le bautizó con el nombre de «*main tendue*» («mano tendida») en referencia al discurso de Thorez.

Lo cierto es que los espectaculares resultados del PCF invitan a pensar que la enardecida movilización pudo dar sus frutos. Los votos se duplicaron, pasando de 783.098 a 1.468.949<sup>79</sup>, y los escaños se multiplicaron por siete, pasando de 10 a 72. Aunque este resultado fue en detrimento de los radicales en vez de arrebatar votos a la derecha, lo indudable es que la situación del comunismo en Francia era inequívocamente

---

<sup>78</sup> Extracto final del discurso pronunciado por el líder del PCF en *Radio Paris* el 17 de abril de 1936. Texto original recogido en <<https://www.gauchemip.org/spip.php?article19319>> [consultado por última vez el 28 de abril de 2024]. Traducción propia.

<sup>79</sup> Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish...*, p. 22.

distinta. Lo mismo puede decirse de España., donde el PCE pasó de 1 diputado a 17. ¿Qué había cambiado para que, en tan solo tres años, el cambio fuera tan sustancial?

En primer lugar, como ya se ha mencionado, la coyuntura internacional viraba conscientemente hacia un abandono de la democracia en pos de sistemas autoritarios que consiguieran paliar las deficiencias del liberalismo tras la Gran Guerra<sup>80</sup>. El fascismo nació, creció, se reprodujo y finalmente exterminó a un movimiento obrero descabezado y durmiente. En aquellos países donde la nueva ideología derechista no gozó de tanto predicamento, el comunismo hubo de reconstruirse y hacer autocrítica para frenar (o al menos intentarlo) esta nueva amenaza para la democracia. España y Francia fueron pioneras en aplicar la política refrendada por la IC de una unión de clase e interclasista al mismo tiempo. Tanto el PCE como el PCF entendieron su papel histórico y aportaron moderación y diálogo, aunque renunciando a su actividad revolucionaria, en pos de la ansiada coalición electoral. En muchas ocasiones, comunistas y republicanos compartían más planteamientos en defensa del orden que con los socialistas<sup>81</sup>. Su papel de víctimas primigenias del nazismo y el fascismo les hizo erigirse en defensores de los «regímenes transicionales de equilibrio de clase», ganando visibilidad y referenciándose respecto a sus compañeros. Ante una ofensiva contrarrevolucionaria de «carácter internacional»<sup>82</sup>, sólo quedaba una respuesta unitaria: el antifascismo. En los carteles electorales a ambos lados de los Pirineos, el rojo del Frente Popular se yuxtaponía al negro del fascismo y suponía su única barrera frente a la libertad, la paz y la humanidad<sup>83</sup>.

Por otra parte, los episodios de brutal represión como octubre de 1934 evidenciaron la rápida y eficaz actuación del PCE y el PCF en materia de solidaridad internacional. El comunismo parecía una solución eficiente frente a la actuación represiva estatal. Esta temática fue muy explotada en la propaganda electoral española, donde la figura de los encarcelados por la huelga de 1934 era especialmente recurrente<sup>84</sup>. Sin

---

<sup>80</sup> La idea que opera tras la obra Mark Mazower, *La Europa negra...*

<sup>81</sup> Pierre Broué, «El Partido Comunista y El Frente Popular» en *Studia Histórica: Historia Contemporánea*, 3|0, pp. 21-35. <<https://doaj.org/article/fc7b1f1738104259bc311965e46be80e>>, p. 27-28 y Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish...*, p. 41.

<sup>82</sup> Roberto Ceamanos Llorens, «Regards croisés, regards intéressés. El Partido Comunista francés y el Frente Popular español» en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 41-1|2011. <<https://doi.org/10.4000/mcv.3882>> [última consulta el 15 de febrero de 2024], párr. 16.

<sup>83</sup> Juan Francisco Fuentes y Marie-Angèle Orobón, «Los carteles del Frente Popular en las elecciones de 1936: un estudio comparado entre España y Francia» en *Revista de Estudios Políticos*, 199, pp. 225-253. <<https://doi.org/10.18042/cepc/rep.199.08>>, p. 240.

<sup>84</sup> *Ibidem*, pp. 230-238.

embargo, en Francia los marxistas-leninistas optaron por un enfoque de reconciliación nacional, empleando símbolos patrios como la tricolor, emblemas revolucionarios como Mirabeau o menciones a los desastres de la Gran Guerra como el memorial de Verdún<sup>85</sup>.

Más allá de las alianzas inesperadas de los comunistas, también hubo importantes acciones de la izquierda que resultaron desestabilizadoras para los recién formados Gobiernos. Me estoy refiriendo a las ocupaciones populares de los medios de producción que tuvieron lugar al poco tiempo de que los frentes populares llegaran al poder en Francia y España.

En el Hexágono, tan sólo quince días después de la victoria electoral y con el gabinete entrante aún sin formar, los obreros de la aeronáutica Bréguet ocuparon su fábrica en Le Havre en respuesta al despido de algunos compañeros tras el Primero de Mayo. A esta huelga con ocupación del 11 de mayo le siguió otra, dos días después, en la también aeronáutica Latécoère de Toulouse. Este *modus operandi* se fue expandiendo por todo el país, llegando el 14 de mayo a la capital en las fábricas Bloch de Courbevoie<sup>86</sup>. Una movilización que comenzó de manera puntual en el sector aeronáutico dio el salto a la metalurgia general y a las grandes empresas automovilísticas, como la fábrica Renault en Billancourt (la más grande de Francia), Simca o Citroën. También se extendió a tiendas, grandes almacenes, cafeterías e incluso barcos amarrados en puertos como Marsella<sup>87</sup>. Las demandas obreras variaban de industria en industria, pero tras todas ellas había un sentido de optimismo hacia la posibilidad de conseguir lo exigido. La filósofa Simone Weil llegó a caracterizarlas de «huelgas de alegría», con gozo por ver a un líder obrero formar Gobierno, por pasar a la ofensiva frente al fascismo<sup>88</sup>.

A pesar de lo expuesto, la situación general de huelga se prolongó en el tiempo más de lo que los patronos planeaban, incluso convocándose nuevos paros una vez se alcanzaban acuerdos para finalizar la primera ocupación. Fueron los propietarios quienes acudieron al Gobierno de Blum el 5 de junio, tan sólo un día después de su constitución, para reclamar una negociación. La reunión se convocó para el día 7 de junio en el Hôtel Matignon, con representantes gubernamentales, de la patronal y de la CGT. No es baladí que este sindicato fuera el que capitalizara la protesta, ya que, aunque no la instigó, acabó

---

<sup>85</sup> *Ibidem*, pp. 239-247.

<sup>86</sup> Georges Lefranc, *El Frente Popular...*, pp. 64-65.

<sup>87</sup> Helen Graham y Paul Preston (eds.), *The Popular Front...*, pp. 67-68.

<sup>88</sup> Georges Lefranc, *El Frente Popular...*, p. 66.

por demostrar una gran fuerza negociadora en los distintos comités fabriles, sobre todo a raíz de la reintegración de la CGTU en su seno. Así lo demuestra su importante crecimiento de militancia, pasando de menos de un 10% de la fuerza de trabajo (unos 750.000 militantes) a principios de 1936 a 4.000.000 apenas un año después. Por poner un ejemplo, en la citada fábrica de Renault de Billancourt, la más grande de Francia, la presencia de este sindicato pasó de 700 trabajadores a 31.000 en poco más un año, la práctica totalidad de los obreros (33.000) estaban sindicados a la CGT<sup>89</sup>.

La reunión negociadora se extendió durante todo el día, mientras tenía lugar en el Vélodrome d'Hiver un multitudinario baño de masas de Thorez y Blum. Ya entrada la madrugada, el Gobierno acabó por mediar con la patronal y la CGT y se firmó un acuerdo en el que se blindaba la libertad sindical y la libertad de huelga sin medidas represivas. Este «acuerdo Matignon» fue el resultado de arduas negociaciones, pero también de una correlación de fuerzas que la patronal supo valorar<sup>90</sup>. Los propietarios acabaron transigiendo y se reagruparon en la Confédération Générale du Patronat Français. Los obreros, aunque poco a poco, fueron abandonando las fábricas y retomando sus puestos de trabajo. El Gobierno había demostrado su capacidad conciliadora y había vencido, consiguiendo avances sociales sin necesidad de recurrir a una vía revolucionaria.

En España, aunque de manera más temprana, también habían tenido lugar ocupaciones de medios de producción, en este caso de tierras. Si el 16 de febrero de 1936 el Frente Popular obtuvo la victoria en las urnas, el 25 de marzo la Federación Española de Trabajadores de la Tierra ocupó y roturó más de dos mil fincas en la provincia de Badajoz. El restablecimiento del Decreto de Intensificación de Cultivos de 1932 y la autorización al Instituto de la Reforma Agraria para expropiar ciertas fincas alimentó en los campesinos de orientación socialista las ansias de justicia agraria. Las ocupaciones saltaron de Badajoz a Cáceres, Jaén, Córdoba, Sevilla e incluso Toledo. En total, y aunque las cifras no están claras del todo, unos 110.000 campesinos tomaron posesión de cerca de 550.000 hectáreas<sup>91</sup>. La aprobación de la amnistía a los represaliados en 1934 y su readmisión en sus puestos de trabajo tampoco ayudó a aliviar la complicada situación económica, enturbiando y alargando las huelgas<sup>92</sup>. El Gobierno de Azaña intentó resolver la situación de la manera menos violenta posible, recurriendo a la reinstauración de los

---

<sup>89</sup> *Ibidem*, p. 71 y Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish...*, pp. 158-159.

<sup>90</sup> Georges Lefranc, *El Frente Popular...*, p. 73.

<sup>91</sup> Julián Casanova, *República y Guerra Civil...*, p. 160.

<sup>92</sup> Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish...*, pp. 174-175.

Jurados Mixtos o a mediaciones. Pese a sucesos sangrientos como el asesinato de diecisiete campesinos en Yeste a manos de la Guardia Civil, las fuerzas del orden no desplegaron su potencial represor de la manera que hubieran deseado hacerlo<sup>93</sup>. Los propietarios agrarios se mostraron molestos por esta tibia reacción gubernamental, alegando que suponía una pérdida de control de la situación y «un desafío en toda regla a las relaciones jerárquicas existentes»<sup>94</sup>. Esta situación de ocupación fue resolviéndose paulatinamente a lo largo de las semanas, pero el Gobierno republicano no tuvo mucho margen para ello, ya que el 17 de julio se produjo una rebelión militar que acabó dando el salto a la Península un día después en forma de golpe de Estado y provocó una Guerra Civil que acabó por liquidar a la Segunda República.

¿Qué se puede deducir de estos episodios acontecidos a ambos lados de los Pirineos? En primer lugar, que existía una fuerza popular que sustentaba los cambios promovidos por los frentes populares. Sendas coaliciones llegaron al poder ganando unas elecciones en las que el voto había premiado sus premisas antifascistas y de avances sociales. Su victoria supuso una esperanza para aquellos desposeídos que habían depositado su confianza en una mejora de sus condiciones, y ello pasaba por la adquisición de tierras en propiedad o la mejora del salario con una reducción de jornada laboral. En segundo lugar, que los cambios anhelados llegaban tarde. La premura con que campesinos y proletarios deseaban una actuación fue tal que, como en el caso francés, ni siquiera esperaron a la formación de un gabinete de Gobierno nuevo para tomar las fábricas. En tercer lugar, que la necesidad de cambios era un asunto general y no localizado. Tanto en España como en Francia las ocupaciones surgieron en un contexto local, pero se extendieron rápido a un ámbito prácticamente nacional. Y en cuarto y último lugar, que el aparato parlamentario había quedado obsoleto. Las masas, nuevo sujeto político emancipado tras la Primera Guerra Mundial, abandonaban poco a poco la fe en la democracia liberal, ensalzando la violencia y el poder de actuar al margen del Estado. Estos episodios de ocupaciones no hicieron más que corroborar ese progresivo distanciamiento entre la sociedad civil y los estados democráticos, incapaces de solventar los problemas de sus ciudadanos de manera eficaz y rápida. La alternativa no fue otra que la actuación directa, la toma de los medios de producción de manera transitoria como forma de protesta.

---

<sup>93</sup> José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular...*, pp. 162-163.

<sup>94</sup> Julián Casanova, *República y Guerra Civil...*, p. 161.

Además de estas resistencias a la izquierda del régimen, es importante tener en cuenta, especialmente en el caso español, el papel de la Iglesia y del Ejército en la oposición al Frente Popular, ya que fueron los responsables últimos de la liquidación de la legalidad republicana.

La estructura eclesiástica nunca se decidió a apoyar la instauración de la II República. La llegada de los firmantes del Pacto de San Sebastián al poder a través de unas elecciones municipales en las que los pequeños propietarios rurales habían votado a candidatos monárquicos (o eso reflejaban las actas, dejando de lado la presencia del caciquismo) fue vista como una acción ilegítima por la Iglesia, que vio peligrar su monopolio de la educación y sus posesiones en el campo español. Tras la aprobación de la legislación educativa, religiosa y agraria, la derecha católica monopolizó la oposición a las actuaciones del Bienio Reformista, acabando por identificar catolicismo con antirrepublicanismo<sup>95</sup>. Así mismo, es importante mencionar la pervivencia de la ideología católica agraria, muy en boga desde la publicación de la encíclica papal *Rerum novarum* (1891) y que alcanzó su cénit con la fundación de la Confederación Nacional Católico Agraria en 1917. A pesar de que, con la llegada de Primo de Rivera al poder tras un golpe de Estado, estos sindicatos católicos cayeron prácticamente en el olvido, la ideología católica agraria no perdió vigencia, transformándose dentro del corporativismo estatal y sentando las bases para la creación de la CEDA.

La campaña electoral de febrero de 1936 había sido suficientemente dura, con una importante participación de la Iglesia a favor de Gil Robles y la CEDA para salvaguardar España del «estandarte de destrucción y odio» del Frente Popular. Se convocaron rezos conjuntos del rosario para pedir la victoria de la derecha, muchos obispos se manifestaron abiertamente a favor de la victoria agraria e incluso el cardenal Isidro Gomá, primado de España, clamó en una carta abierta por la «conquista del poder político en defensa de los intereses religiosos»<sup>96</sup>. Su derrota en las elecciones de 1936 tras haber alcanzado la victoria en 1933 enardeció más los ánimos y agitó la bandera del fraude electoral y la ilegitimidad republicana.

Con todo ello, no resulta sorprendente que uno de los principales apoyos de los generales golpistas tras su golpe de Estado en julio de 1936 fuera, precisamente, la

---

<sup>95</sup> Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish...*, pp. 79-80.

<sup>96</sup> *Ibidem*, pp. 81-82.

jerarquía eclesiástica junto con la base social agraria y católica que el clero había procurado politizar en los últimos meses de manera acelerada.

En Francia, la situación fue relativamente diferente. Las distintas fuerzas políticas eran conscientes de lo que estaba ocurriendo en España y procuraron no cometer los mismos errores. Así, en el discurso pronunciado por Maurice Thorez en *Radio Paris* el 17 de abril de 1936, citado en el inicio de este capítulo, el líder del PCF ofrecía su «mano tendida» a los católicos y la Iglesia francesa contra las «doscientas familias» que controlaban el país. Estas palabras despertaron complicidad entre los jóvenes intelectuales católicos, aunque fue entendida por gran parte de la sociedad francesa como un ejercicio de oportunismo electoral. Aun así, este repentino cambio de táctica electoral comunista provocó un debate en el seno del catolicismo francés, clausurado por el pontífice Pío XI al declarar al comunismo el «mayor enemigo de la Iglesia» el 12 de mayo de 1936<sup>97</sup>. Dicho aserto acabó por consolidarse en la encíclica *Divini Redemptoris* de 1937, dedicada a condenar al marxismo y al comunismo.

La otra columna vertebral de la oposición fue el Ejército. En España, existían unas fuerzas armadas pretorianizadas y con un estilo de formación endogámico y separado del resto de la sociedad. La lealtad se cultivaba activamente a través de este aislamiento de los oficiales y los soldados durante la instrucción. La Ley para la Defensa de la República del 21 de octubre de 1931 fue un punto clave para el descontento, ya que era utilizada tanto contra la derecha como contra la izquierda, así como contra los militares. El mejor ejemplo de ello es la actuación del Gobierno tras el intento de golpe de Estado del general Sanjurjo en 1932. Mola y el resto de los conspiradores de 1936 se dieron cuenta de que era imprescindible obtener el apoyo de algunos sectores civiles para que éste prosperara. Los tiempos habían cambiado y el recurso a los pronunciamientos decimonónicos era una vía yerma para conseguir la toma del poder<sup>98</sup>. El nacimiento de la sociedad de masas tras la Primera Guerra Mundial había cambiado para siempre las dinámicas entre las fuerzas armadas y la sociedad, incluso en países como España que no participaron en el conflicto.

Caso aparte es Francia, que no sólo participó, sino que venció a pesar de ser uno de los beligerantes más dañados a nivel humano y económico. El ejército galo, además

---

<sup>97</sup> *Ibidem*, pp. 93-103.

<sup>98</sup> *Ibidem*, pp. 50-61.

de verse profundamente influido por la Gran Guerra<sup>99</sup>, había experimentado el *affaire Dreyfus*. La profunda brecha existente entre militares *dreyfusards* y *anti-dreyfusards* fue sanada mediante una purga de oficiales que desembocó en un Ejército fervientemente republicano, incluso en los niveles más altos de jerarquía. Mientras que en España el republicanismo se vinculó con el anticlericalismo, en Francia las instituciones se encontraban profundamente convencidas del modelo republicano francés. Eso sí, este hecho no significa que existiera ningún tipo de simpatía hacia los proyectos socialistas o comunistas integrados en el Frente Popular, simplemente había una convicción de defensa del orden y del sistema establecido. Las conversaciones entre Léon Blum y Maurice Gamelin, comandante en jefe del Ejército Francés, aseguraron que no había motivos para la preocupación de la intrusión de los militares en la vida política. El hecho de que el PCF se mantuviera fuera del Gobierno surgido de las elecciones de 1936, a pesar de la táctica de la «mano tendida» ayudó a que no cundiera el pánico entre los defensores de la propiedad<sup>100</sup>.

Estas resistencias acabaron por estallar cuando, el 17-18 de julio del mismo año se produjo un golpe de Estado en España. Un atentado contra la democracia que liquidó el proyecto del Frente Popular, directamente en la península ibérica y telemáticamente al otro lado de los Pirineos.

---

<sup>99</sup> Aunque no existe un consenso claro acerca de si las teorías de «brutalización» de George L. Mosse pueden o no aplicarse a la Francia de entreguerras, lo que está claro es que el salto de las trincheras a la vida civil creó una «cultura de la victoria». Puede ser que los excombatientes franceses fueran pacifistas en comparación con los alemanes, pero la contienda había dejado una clara mella. En Ángel Alcalde, «La tesis de la brutalización (George L. Mosse) y sus críticos: un debate historiográfico» en *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 15|2016, pp. 17-42.

<sup>100</sup> Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish...*, pp. 62-78.

## 5.- EPÍLOGO: EL OCASO DE UN PROYECTO

Aunque no es el sujeto de este trabajo por motivos de extensión y concreción, es imposible no mencionar la Guerra Civil española como parte de ese conflicto catártico que acabó por dismantelar el débil equilibrio existente tras la Primera Guerra Mundial. Un «eslabón más de una serie de crisis que, desde Manchuria a Abisinia, pasando por Checoslovaquia, condujeron a la explosión de la Segunda Guerra Mundial, [...] campo de batalla de un conflicto inevitable en el que al menos había tres contendientes: el fascismo, el comunismo –o la revolución– y la democracia»<sup>101</sup>. El ejército se sublevó, la Iglesia lo legitimó y parte de la sociedad civil lo apoyó. Apenas cinco meses tras la victoria del Frente Popular, la Segunda República se vio sumida en una sangrienta guerra provocada por sectores militares descontentos con el sistema sociopolítico vigente. La brecha fue tal que, en la zona leal a la república, surgió una dualidad de poderes. El Gobierno parlamentario quedó relegado a un segundo plano mientras surgieron milicias y órganos de gestión autónomos, donde el PCE y la CNT obtuvieron un papel preponderante.

Tras el golpe llegó la renuncia de Casares Quiroga como presidente del Consejo de Ministros, seguida por la breve ostentación del cargo de Diego Martínez Barrio y José Giral, así que Largo Caballero fue nombrado presidente del ejecutivo el 4 de septiembre de 1936. Desde 1933 era la primera vez que el PSOE ostentaba un puesto en el gabinete ministerial. En esta ocasión, el número de ministros socialistas ascendió a cinco, los mismos que los republicanos, además de la presidencia. El PCE entró en la coalición con dos representantes, el PNV con uno y, posteriormente, la CNT con tres ministros y una ministra (Federica Montseny, al frente de Sanidad)<sup>102</sup>. Tras las elecciones de febrero de 1936, nunca había existido un Gobierno que viera representado en su ejecutivo a las fuerzas políticas que habían alumbrado la coalición vencedora. La presencia de republicanos, autonomistas, socialistas, comunistas e incluso anarquistas constituye para algunos expertos la primera vez que se asiste a un verdadero Gobierno del Frente Popular<sup>103</sup>. Lo cierto es que el gabinete de Largo Caballero comenzó una labor de reconstrucción del poder republicano, integrando las milicias en el Ejército Popular e intentando controlar los órganos gestionados desde abajo, como el Consejo de Defensa

---

<sup>101</sup> Julián Casanova, *Europa contra Europa, 1914-1945*, Crítica, Barcelona, 2011, capítulo V: «Una guerra internacional en suelo español», p. 122.

<sup>102</sup> Julián Casanova, *República y Guerra Civil...*, pp. 304-308.

<sup>103</sup> Tal y como aparece mencionado en la nota al pie <sup>73</sup>.

de Aragón. Tras los Sucesos de Mayo de 1937, la cohesión interna del Gobierno se desmoronó y Juan Negrín, otro socialista, ocupó el puesto de la presidencia con nuevos titulares en las carteras; éste lo ostentó hasta el 1 de abril de 1939, fecha de la victoria del general Franco y los sublevados. El sueño frentepopulista había terminado en España, donde comenzaba una dictadura camaleónica que logró sobrevivir cerca de 40 años en un contexto europeo y mundial muy complejo.

En Francia, el estallido de la guerra al sur de su frontera marcó un punto de inflexión en el Frente Popular. Mientras el Gobierno de Blum elaboraba un plan de suministro para el Gobierno español, el presidente viajó a Londres para reunirse con el Gobierno británico. La respuesta inglesa no pudo ser más tajante: un no rotundo al apoyo militar. Al regresar al Hexágono, los principales prohombres del Partido Radical mostraron sus dudas sobre la conveniencia de ayudar al Frente Popular español. Blum, entre la espada y la pared, acabó por suscribir el Pacto de No Intervención en un intento de evitar la injerencia de los estados fascistas en la contienda. Sin embargo, este pacto fracasó a todas luces cuando Alemania e Italia mostraron su apoyo financiero y militar al bando sublevado. La sociedad francesa situada más a la izquierda del espectro político reclamaba armas para España. El PCF, la CGT, la Liga de los Derechos del Hombre y una importante sección de la SFIO se unieron bajo el grito de «aviones, cañones para España», mientras Léon Blum justificó su posición tanto por intentar frenar una contienda civil en Francia como por el miedo al aislamiento internacional (y británico)<sup>104</sup>.

Esta política frente a la guerra en España, junto a las medidas económicas y de alianzas internacionales que pretendió aprobar el Gobierno, acabaron por provocar la pérdida de confianza de los radicales y los comunistas, apoyos muy importantes de la coalición. Todo ello, sumado a la transformación de las *Croix de Feu* en el Partido Social Francés y un aumento de su influencia en la vida pública, supuso la dimisión de Blum el 22 de junio de 1937<sup>105</sup>. Aunque el espíritu del Frente Popular pervivió hasta finales de 1938 de la mano de nuevos ejecutivos, su carácter reformista y antifascista había perdido absolutamente el monopolio de la vida política. A su caída, siguió el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la ocupación de Francia por la Alemania nazi.

---

<sup>104</sup> Georges Lefranc, *El Frente Popular...*, pp. 81-89.

<sup>105</sup> *Ibidem*, pp. 90-104.

Los frentes populares habían muerto en el intento de frenar el avance del fascismo y el militarismo de entreguerras. Su propuesta llegó tarde, cuando el parlamentarismo ya no era capaz de abanderar una ofensiva convincente. Su tibia actuación no permitió la creación de una alternativa social y política lo suficientemente fuerte como para conseguir una contrahegemonía que se alzara victoriosa. En la contienda entre fascismo, revolución y democracia, los «regímenes transicionales de equilibrio de clase» no fueron la solución pertinente. No obstante, lejos de abarcar esta etapa de la historia hispano-francesa con pesimismo, también es importante destacar las numerosas mejoras socioeconómicas promovidas por estos Gobiernos. Las reformas laborales, religiosas y de la tierra ayudaron a conformar repúblicas burguesas al estilo europeo de entreguerras, pero el militarismo y el fascismo llegaron para barrer estos avances. El 1 de septiembre de 1939 comenzaba la Segunda Guerra Mundial.

## 6.- CONCLUSIONES

Las coaliciones de Frente Popular responden a un contexto ideológico y temporal muy concreto: los últimos años del periodo de entreguerras. La Primera Guerra Mundial había supuesto el último clavo del ataúd del Antiguo Régimen, dando paso a un terreno desconocido, con una sociedad «brutalizada» y nuevas ideologías en el tablero geopolítico. Las democracias burguesas emergieron como modelo político predominante y hubieron de enfrentarse, nada más acabar la contienda, a una oleada revolucionaria inspirada en el bolchevismo. Tras el fracaso de estas insurrecciones, quienes se convirtieron en las verdaderas amenazas de los estados democráticos fueron los movimientos fascistas, que experimentaron un verdadero crecimiento. Algunos de ellos incluso llegaron al poder, como en el caso de Italia, Alemania o Austria.

En Francia y en España, aunque el fascismo no gozaba de gran predicamento, la derecha política antiparlamentaria comenzó a reorganizarse y a ganar fuerza. Ejemplo de ello son las movilizaciones del 6 de febrero de 1934 en París y la entrada de la CEDA en el Gobierno español en octubre del mismo año, causa de una huelga revolucionaria duramente reprimida. El republicanismo de izquierdas y el movimiento obrero concluyeron que la única opción viable para no acabar barridos por el incipiente antiparlamentarismo era la construcción de una coalición electoral. 1934 supuso un punto de inflexión para republicanos liberales de izquierdas, socialistas y comunistas, quienes comenzaron unas duras negociaciones para constituir agrupaciones electorales comunes en ambos países.

Estas alianzas bebían de una tradición colaborativa entre republicanos y socialistas a ambos lados de los Pirineos, con ejemplos como el *Bloc des Gauches* o la Conjunción Republicano-Socialista, pero en esta ocasión existía un nuevo actor político indispensable: el comunismo. El PCF tuvo un papel determinante en la apuesta por la creación de un frente común. Su iniciativa para romper el aislamiento fue tal que incluso la Internacional Comunista abandonó su política oficial de ataque a la socialdemocracia por una de apuesta por las coaliciones electorales. Este cambio de postura supuso el afianzamiento del marxismo-leninismo como un miembro más del panorama sociopolítico. Tras meses de progresivos acercamientos y cesiones, republicanos, socialistas y comunistas definieron el Frente Popular como la fórmula elegida de cara a las siguientes elecciones generales tanto en España como en Francia.

El año en el que tuvieron lugar estos comicios fue 1936, en el mes de febrero en el caso español y en el de abril para el francés. Por un lado, el fascismo no obtuvo representación parlamentaria en ninguno de los dos países, pero la derecha autoritaria y tradicionalista ganó representación respecto a elecciones anteriores. Por otro lado, el Frente Popular obtuvo la victoria en los dos sufragios. En ambos casos, el partido integrante con más representación fue el socialista, seguido por el republicano de izquierdas y el comunista, que fue el que más creció en votos y escaños. La potente irrupción del PCF y el PCE en la vida política es una de las cuestiones más relevantes de la construcción de los frentes populares. La explicación de este fenómeno atiende a numerosas explicaciones, pero su abandono de la práctica revolucionaria y su hábil gestión del antifascismo a nivel internacional son dos razones de mucho peso.

Los Gobiernos que surgieron de las convocatorias electorales, sin embargo, no contaron con participación comunista en un intento de evitar un pánico revolucionario que alejara el apoyo de las clases medias. Estos ejecutivos llegaron al poder gracias a alianzas muy amplias, pero su actuación fue más bien de carácter moderado. Es por ello por lo que tuvieron que enfrentarse a fuertes resistencias y obstáculos, provenientes tanto de su izquierda política como de la derecha. Huelgas, ocupaciones, conjuras e, incluso, sublevaciones militares tuvieron lugar durante su estancia en el poder. La Iglesia y el Ejército fueron sus principales agentes opositores, pero no se puede perder de vista la existencia de numerosos conflictos laborales y su utilidad como termómetros sociales del apoyo a estas coaliciones. Su presencia, tanto en entorno urbano como en el rural, mostraba un enfrentamiento a las políticas reformistas de los Gobiernos del Frente Popular, pero no en forma de descontento, sino que hacía patente el ansia por su pronta aplicación. En cualquier caso, se hizo evidente que el parlamentarismo no era capaz de dar respuesta a la nueva sociedad de masas, dejando vía libre a otras alternativas menos democráticas.

El golpe de estado de julio de 1936 en España no puede clarificar esta tendencia de manera más clara. Los militares golpistas pusieron en marcha una reformulación de los pronunciamientos militares del siglo XIX que, pasada por el filtro de la paramilitarización y la sociedad de masas, acabó con el programa reformista puesto en marcha tan sólo cinco meses atrás. Los miembros del Gobierno francés plantearon serias dudas a la hora de prestar apoyo a su homólogo español, lo que acabó por cristalizar en el Pacto de No Intervención, suscrito por numerosas potencias mundiales.

La II República española se vio aislada y perdió grandes oportunidades de victoria mientras que el bando sublevado contó con el apoyo logístico y militar de Italia y Alemania. Los militares golpistas triunfaron y acabaron con el proyecto del Frente Popular en España, mientras que su equivalente francés iba perdiendo popularidad poco a poco. La comunidad internacional caminaba hacia la Segunda Guerra Mundial, que acabaría por implicar una invasión del territorio galo y una barbarie humanitaria de proporciones nunca vistas. Europa nunca sería la misma.

## 7.- BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

Las coaliciones electorales de Frente Popular se hallan muy bien estudiadas, especialmente las de España y Francia, ya que fueron las que llegaron al poder<sup>106</sup>. Para entender la alianza en estos dos países ha sido imprescindible la consulta de dos maravillosas monografías, la de Georges Lefranc, dedicada al caso francés (*El Frente Popular* [Oikos-Tau, Barcelona, 1971]) y la de José Luis Martín Ramos para el español (*El Frente Popular: victoria y derrota de la democracia en España* [Pasado y Presente, Barcelona, 2015]). De la primera poco se puede añadir, ya que, pese a su relativa antigüedad, es un clásico sobre este tema y su análisis es claro, conciso y certero. Respecto a la obra de José Luis Martín Ramos, creo importante resaltar su síntesis del contexto internacional de la creación de la fórmula frentepopulista y su aplicación en España.

Para comprender el surgimiento de estas agrupaciones, es capital enmarcarlas en sus respectivos contextos nacionales. La obra de consulta sobre la II República española y la posterior contienda ha sido la escrita por Julián Casanova, *República y Guerra Civil* (Crítica-Marcial Pons, Barcelona-Madrid, 2021) como vol. 8 de la colección *Historia de España*, dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares. Además de esta edición reciente, y aunque por su fecha de publicación pueda parecer desactualizada, he creído conveniente tener en cuenta el análisis que hace del Frente Popular el historiador Manuel Tuñón de Lara en su clásico *El movimiento obrero en la Historia de España: Vol. 3 (1924-1936)* (Taurus-Laia, Madrid-Barcelona, 1977). Del mismo modo, para la situación general de Francia en estos años he acudido a la conocida *Historia de Francia* escrita por Roger Price (Akal, Madrid, 2016), concretamente a su capítulo VI: «Tiempo de crisis», que traza una panorámica entre la Primera y Segunda Guerra Mundial.

Más enfocadas en la coyuntura europea e internacional, las obras que he leído para proveer un buen análisis de la crisis de las democracias, el surgimiento del fascismo y la creación de las coaliciones interclasistas son, indiscutiblemente, dos de los mejores textos publicados al respecto. Con un enfoque más innovador y específico, los siete primeros capítulos de la obra de Mark Mazower, *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo* (Barlin Libros, Valencia, 2018), tratan los dos enfrentamientos

---

<sup>106</sup> Además de la chilena, un caso particular por su victoria tardía en 1938 en un contexto espacial tan distinto como el Cono Sur.

bélicos mundiales, así como su interludio, haciendo hincapié en las cuestiones ideológicas y de Historia comparada. Del mismo intervalo se ocupan, aunque de manera más general, los primeros siete capítulos de la *Historia del siglo XX* de Eric Hobsbawm (Crítica, Barcelona, 2019). Aunque su manera de abordar el periodo es más internacional, no se puede olvidar que este autor británico es el padre de la periodización de un siglo XX que comienza tras la Gran Guerra, usada en la mayoría de bibliografía mencionada.

El grueso del trabajo, dedicado a la comparación entre el Frente Popular español y su homólogo francés, bebe de una bibliografía más extensa. Las dos principales fuentes son obras colectivas editadas en Reino Unido por hispanistas de reconocido prestigio. Para una visión más general he utilizado el libro editado por Helen Graham y Paul Preston *The Popular Front in Europe* (Macmillan Press, London, 1989), que, además de los casos hispano y galo, analiza la división de la izquierda en la Alemania pre-nazi, en la Austria de Dollfuss y la posición italiana respecto a las coaliciones. La situación española y francesa se aborda, con más detallismo, en *The French and Spanish Popular Fronts: comparative perspectives* (Cambridge University Press, Cambridge, 1989), también editado por Helen Graham junto con Martin S. Alexander.

De las coaliciones de izquierdas que habían existido con anterioridad a ambos lados de los Pirineos se ocupa Antonio Robles Egea en su artículo «Las coaliciones de izquierdas en Francia y España (1899-1939)» (*Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, 2|2015), donde se analiza la reedición de estas agrupaciones electorales y cómo influyeron en la constitución del Frente Popular. Para el caso comunista, cabe destacar el artículo de Roberto Ceamanos «Regards croisés, regards intéressés. El Partido Comunista francés y el Frente Popular español» (*Mélanges de la Casa de Velázquez*, 41-1|2011), así como el de Pierre Broué «El Partido Comunista y El Frente Popular» (*Studia Histórica: Historia Contemporánea*, 3|0, pp. 21-35). La suma de todos ellos, además de otras obras citadas en las notas a pie de página, han sido imprescindibles para el análisis realizado en este trabajo.